



# Historias tristes de la Costa Alegre

*Ricardo Becerra Pérez*

# Historias tristes de la Costa Alegre

¿Para qué inventarían la ficción,  
si con la realidad nos resulta suficiente?

*Ricardo Becerra Pérez*

***Historias tristes de la Costa Alegre***

Ricardo Becerra Pérez

**Viñetas**

Fernando Arciniega Castañeda

**Diseño gráfico**

G3 Impresiones

**Ricardo Becerra Pérez**

ISBN:978-0-615-88409-7

Registro Público del Derecho de Autor:

No. 03-2013-051711322600-14

**Segunda Edición**

**Noviembre de 2015**

**Impreso en México**

# Dedicatoria

A María de Lourdes, compañera de viaje en eso tan bonito que comúnmente llamamos vida.

A mis hijos María Abril y Juan Francisco, para que en la locura esa de buscar a dónde ir, se aseguren, al menos, de no ir a olvidar de dónde vienen.

A la memoria de aquellos que conocimos y que de una forma u otra, ya no están entre nosotros.

Si a viejo se llega cuando comienzan a ser más los que conocimos y murieron que los que aún viven, dedico entonces el presente a los que como yo, están llegando a esa nueva etapa de su existencia.

# Agradecimientos

El presente ha sido un esfuerzo que tuvo su origen en la necesidad de rescatar historias que en la vida de los pueblos de la Costa Sur de Nayarit se han ido acumulando. Seguramente no son las únicas, pero éstas fueron aquellas que más estuvieron presentes en la conciencia de nuestros padres, y que nos fueron transmitiendo con el dolor de haber sido testigos de cómo sucedieron.

Por lo anterior, agradezco a la Mtra. María Elena Medina Navarrete y al Mtro. José Manuel Sánchez Bermúdez el apoyo que me brindaron para la redacción de las presentes historias.

De la misma manera, es necesario dejar testimonio a quienes animaron el proyecto desde sus inicios, como Felipe de Jesús Álvarez Lozano y Pedro Luna Jiménez, a quienes debo el haber dedicado parte de su valioso tiempo para la revisión final del texto.

Habiéndose, sólo entonces, convertido en ejercicio colectivo, agradezco a Alejandro Martínez Osuna su ayuda incondicional y, sobre todo, a la C. P. María del Carmen Franco Sánchez, responsable del Programa de Estímulo a la Creación y al Desarrollo Artístico de Nayarit del FECAN, institución a quien debo agradecer el financiamiento para Publicación de Obra, en el marco de la convocatoria PECDA 2013.

Al mismo tiempo, agradezco a mi tutor, Rodolfo Dagnino Mondragón, por su guía profesional y sus siempre atinadas recomendaciones, al Ing. Gregorio Sainez Santana, a quien se debe el trabajo de diseño final del libro, habiéndonos reservado un especial reconocimiento a Fernando Arciniega Castañeda, a quien seguimos debiendo, por cierto, la elaboración de las hermosas viñetas que acompañan a estas historias...

# Índice

De hiedras y enredaderas.....	9
Nadie roba a Maisterrena.....	15
Los cocos de El Naranjo.....	19
El dinero del tío Camilo .....	23
El cuñado de don Salvador Brambila.....	29
Tanto quiere el diablo a su hijo.....	33
El llano de Vidal .....	37
Morir sin haber nacido.....	41
¿Algo habrá que agradecerles?.....	45
El ramo de limonarias.....	51
El contrafuerte de adobes.....	55
Los hijos del carbonero.....	61
Resolver desde el origen.....	67
Aires de modernidad ...y muerte.....	63
¿Por qué son así las ingratas?.....	77
Nuestra propia oveja negra.....	87
Las cruces de Valerio.....	93
Y ultimadamente ¿qué es el amor?.....	99
Pa´ lo que queda por ver.....	103

## De hiedras y enredaderas

Repechado en los muros de la casa parroquial, por la calle que años más tarde llevaría su nombre, esperaba indeciso mientras el ruido de las últimas carretas cargadas con las mercancías para la venta del día siguiente, rodaba todavía por la calle del mercado.

Ahí, cigarro en mano, y ataviado en sus mejores galas, esperaba a las señoritas que salían de la escuela que para ellas especialmente habían establecido las religiosas en la ciudad. Pronto aparecerían, envueltas en el bullicio natural de las jóvenes que compartían edad, dificultades e ilusiones...

Cuando al fin aparecieron, él caminó tratando de aparecer lo más varonilmente posible, mientras que al cruzar hacia la esquina contraria ella se esperó un poco, recargada en la verja del jardín en el que pasaban aquellos instantes que ya habían provocado en él incomprensibles noches de insomnio. Se tomaron de la mano, y como unidos por un abrazo invisible, se fueron a sentar en el brocal del pozo aquel, del que todas las mañanas se sacaba el agua para regar los rosales del pequeño jardín del que muchas gentes parecían no percatarse, excepto ellos, a fuerza de haberlo convertido en el lugar en el que todas las noches robaban un tiempo tan pequeño al mundo, pero tan precioso para ellos, pues ahí todo parecía haberse detenido y podían dedicarse sólo al embeleso mutuo...

La calle era simplemente hermosa. A espaldas de catedral, a cuyo lado corría hacia el oriente, abundaban las huertas de añosos árboles frutales. Las tapias, casi en su totalidad hechas de adobes, acusaban el paso de los años y los duros embates de las lluvias tepicenses. No faltaban aquellas que parecían ya condenadas a desplomarse, mientras que por encima de sus torreones y contrafuertes se asomaban, abundantes, las guías de hiedra y chayotillo. Pero más allá crecían, altaneras, las ramas de los mangos y guayabos que lucían provocativamente, cascadas de frutos que, ya en mayo, se tornaban del verde al oro por el color que su proceso de maduración les imprimía.

Por esa calle venían al mercado los vendedores de carbón, de piloncillo y calabazas. Por ella entraba el sol a la ciudad, y en un contraste casi demencial, se retaban, en sus extremos, los picos del Sangangüey, y las cúpulas que, de la catedral, a medio construir, resaltaban, lo mismo orgullosas que impacientes...

-No te vayas sin echar tu guijarro al pozo- así lo hizo ella, y se retiró de prisa, después de comprobar que del fondo, surgió el sonido de la piedra al

chapotear con sus tranquilas aguas. Ahí abajo, las ondas provocadas desgarraban el reflejo de la luna, como en una danza espectral e irremediable.

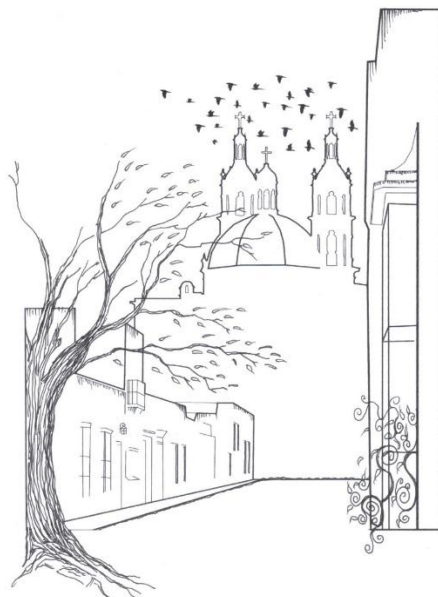
Pronto descubrieron que algunas ocasiones, había tierra y escombros en una de las esquinas del jardín, y que la mujer que salía del huerto de al lado era la culpable. Nunca le pudieron arrancar una respuesta, mientras que, impasible, volvía una y otra vez con su par de cubetas a tirar en su espacio, el sobrante que, de alguna manera, desaparecía por obra del jardinero, al día siguiente.

Fue por ello que se dieron cuenta, que el día que había tierra en su jardín, el pozo estaba sin agua y las piedras sólo les devolvían un golpe seco al echarlas antes de despedirse, por lo que les aterraba encontrar la tierra en la esquina, y aprendieron a abrazarse jubilosos cuando, al asomarse, el jardín estaba limpio; entonces corrían a aventar los guijarros que a manera de prueba confirmaba que el pozo rebosaba de agua y de alegría.

Sólo tiempo después se percataron de que el pozo seco y la tierra en la esquina, coincidían con el fallecimiento de uno de los vecinos de nuestra soñolienta ciudad.

-Ya ni le echas piedras, que la tristeza del hombre encuentra la manera de transmitirse al vientre mismo de nuestra madre universal- dijo él, con amargura.

-¿Quién habrá fallecido el día de hoy? Mañana lo podremos saber a las primeras horas...





Un día la niña no volvió, y no tardó él en saber que una rara enfermedad la mantenía en cama. Confianza nunca tuvo para poder acercarse a ella a las puertas mismas de su hogar, por lo que optó por ir todas las noches al jardín en el que habían ido construyendo su más sagrada ilusión de enamorados. Así pasaron los días de incertidumbre y desesperación, por lo que él se impuso la tarea de echar siempre en el agua fresca del pozo los guijarros que a los dos les hubiera correspondido echar, mientras rogaba siempre porque se obrara el milagro de sanar a aquella joven que a tan tierna edad enfrentaba la más dura prueba de su vida.

Al final, sin embargo, encontró a sus compañeras más tristes de como lo habían estado en las últimas semanas. Sus miradas se cruzaron mientras que corría al jardín pensando:

-¡No, que no sea verdad lo que imagino!

Ahí estaba el montón de tierra y de escombros, ahí estaba la vieja de siempre, a vuelta y vuelta con su par de cubetas, en el ir y venir de la huerta al jardín.

Desesperado, se acercó al pozo para confirmar que estaba absolutamente seco, y decidió increpar, con inusitada cólera, a la vieja aquella:

-¡Usted debe saber, usted es la culpable!

Sólo una sonrisa recibió como respuesta, mientras que, sujeto de la mano, la mujer lo arrastró frente a la vieja puerta de madera, mostrándole el interior del huerto, donde descubrió a la joven con una alegría inusual, al tiempo que ondeaba su mano a manera de despedida, mientras que reconocía a su alrededor a todos los que habían fallecido en los últimos tiempos, entretenidos en la más animada y divertida fiesta a la que comensal alguno jamás hubiera sido invitado.

-¡No!- Dijo él.

-Sí- le respondió ella, reflejando en su rostro la mayor de las dulzuras...

Después de aquello él se dedicó a vivir en un mundo en el que sólo él y ella existían. Recluido en el último rincón de su morada, buscaba sin encontrar una respuesta a sus múltiples interrogantes. Ya al amanecer mojaba la pluma, y comenzaba a escribir aquello que terminaba por unir el cielo con la tierra al mismo tiempo. Y fue sólo así, de esa manera, como pronto la ciudad conocería el más grande y doloroso de sus reclamos:

*...mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno...*

dice uno de sus poemas, mientras que con las primeras lluvias del verano, a la luz de los relámpagos se ven caer los frutos que, al estrellarse contra las baldosas anegadas, anuncian tiritando el vendaval que se aproxima...

## Nadie roba a Maisterrena

De los ranchos de la costa, La Puerta de la Lima debe ser el mejor, el más bonito. Su casa, grande y blanca, domina los planes que se riegan y se pierden hasta allá, hasta los manglares de la playa de El Naranjo.

Su ganado, abundante y bueno, jamás padece ni hambre ni sequía. Los agostaderos abundan en el valle, continúan más allá, por donde sale el sol, y se trepan, de plano, en las montañas.

La gente cuida el ganado, quiebra coco de aceite, siembra frijol, maíz, beneficia café y cultiva lo más selecto de las plantas de tabaco.

La Puerta de la Lima no es hacienda, es sólo un rancho, pero para muchos es como si lo fuera, porque el dueño es el mismo. Dicen algunos que son de él todas las haciendas de la costa. El rancho es tan moderno, que incluso tiene servicio de teléfono, pues un negro y brillante *ericsson* está disponible todo el tiempo para su administrador, a quien no se le ha visto temor alguno a nada. Con el único que pierde la compostura es, si acaso, con don Fermín, el dueño de todas las haciendas de la costa... y de este rancho.

De las tierras del sur apareció el muchacho aquel un día, solicitando un rincón para sí en este rancho. Era su costumbre ir de hacienda en hacienda, pasando la vida. De familia no sabía y por su edad, comenzaba apenas a dejar atrás los intereses propios de la infancia. En fin, se estaba haciendo hombre y había que trabajar para, pasado el tiempo, formar un hogar, una familia...

No faltó compañía para él. Un día aparecieron juntos, correteando por el patio y jugando entre ellos un extraño juego de las escondidillas. Invariablemente, el perro aquel logró encontrarlo e inició, sin quererlo, un compromiso de propiedad tácito, en el que cada uno supo que le pertenecía al otro sin reservas, por completo.

-Mañana empiezas a juntar coco de aceite- le dijo el administrador, arrogante y serio. Eran los últimos días de octubre y los hombres se incorporaban, de lleno, a esa tarea.

Juntó todos los cocos que pudo. Recorrió los palapares sudoroso, en medio de aquel mar de palmeras, de amapas y de cedros.

-Ve, mira, ¿No te gustan las avellanas?-

Las guías trepaban desde el suelo hasta las primeras ramas de los árboles...

En los primeros días de diciembre sintió que aquello no era para él. Su raya, casi simbólica, tan sólo le resolvía las necesidades básicas de subsistencia.

-El coco no es para ti, muchacho, mira nomás, tan jovencito y ya fregándote los pulmones- le dijo la señora que le daba la asistencia.

-Has de tratar de irte a ver si ya puedes con la pizca del maíz, trata de ayudar en los trapiches o en donde, al menos, no estés padeciendo las plagas de la costa...

Se decidió un día. Partió temprano, cuando el lucero apenas había salido. Sólo el perro, su sombrero y el machete que le habían confiado desde el día de su llegada fueron sus compañeros de viaje. Caminó por la vereda y sintió el fresco del sereno mojándole desde la cara hasta los pies.

-¡Mira, mira qué bonito va amaneciendo!-

-Si tan sólo pudieras hablar, no nos sentiríamos aquí, tan solos, por este camino que no conocemos, y del que no sabemos, siquiera, hasta donde llega.

El perro no lo escuchó. Siguió jugando y brincando distraído con las primeras mariposas de la mañana.

Allá, arriba de una amapa se enredaba una guía de campanillas.

-¡Qué bonitas son, entre moradas, blancas y azules!

Pasaron por Las Varas a eso de las ocho de la mañana. El hambre comenzaba a hacer estrago en los viajeros.

-¡Ah cuánto diera yo por un plato de frijoles y un buen jarro de atole!-

Siguieron de paso. Adelante, ya donde casi termina la costa, se sentó a descansar al pie de uno de los árboles más bonitos del camino. Sintió su sombra como una bendición.

Por ahí, agotado, el perro esperaba jugueteando con las pulgas y tratando de adivinar a qué horas podrían llevarse algo a la boca.

-Ya hemos caminado mucho y no veo ni trapiches ni maizales. Me dijeron que estaban más arriba, alrededor de donde le dicen Compostela-

-¿Qué será bueno hacer? ¿Nos devolvemos?-

La respuesta no llegó, nunca llegaría...

-Eso de robarle a Maisterrena no deja nada bueno- dijo el hombre aquél, apoyando su cuerpo en la montura.

¿Para qué se le habría ocurrido al muchacho robarse ese machete de La Puerta de la Lima?

¿Pensaría que es tan fácil robarle algo a la Hacienda?

-Que lo mates, de eso no hay duda, me lo dijo clarito cuando llamó por teléfono de allá, el administrador del rancho ése-

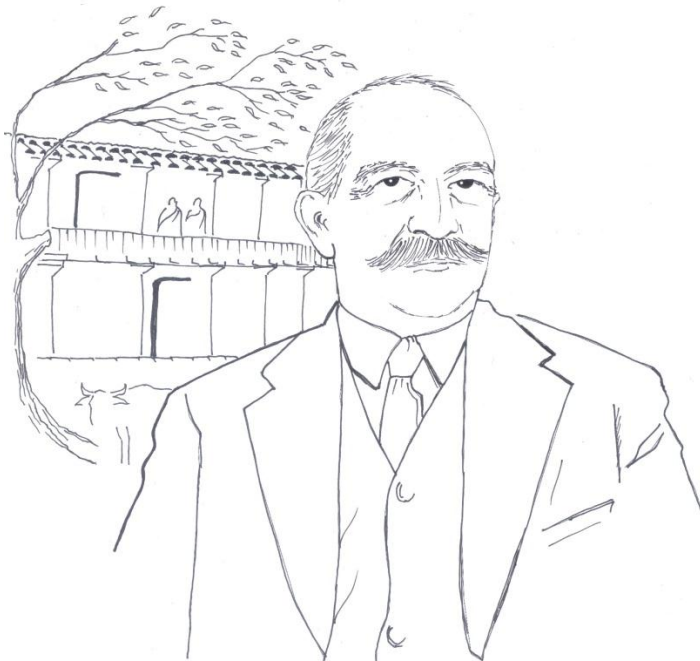
-¡No ponerse a pensar que don Fermín es dueño de La Puerta, del Colomo, de Las Varas y de casi todas las tierras de la costa!

Un balazo rompió el silencio de las primeras horas de la mañana. Más allá, volaron del monte varias palomas y pericos.

Al recoger el machete, pequeño y gastado de tanto uso, el hombre reparó en el perro aquél, desesperado al ver al niño con una gran mancha de sangre en la cabeza.

-Déjalo vivir- dijo el otro desde arriba del caballo,- no faltará quién se lo lleve o que se vaya por ahí, a ver si encuentra otro andulante como éste. Ojalá y el otro no resulte tan ladrón como este resultó.

Nadie habló después de eso. Jamás se supo cómo se enteraron las vecinas que lo fueron a enterrar. Nunca se supo su nombre ni de donde había venido. Sólo sirvió para enseñar a todos que las órdenes de don Fermín eran la ley en aquella parte del estado, y que tratar de robarlo a él, era la muerte...



## Los cocos de El Naranjo

A tu padre lo mató mi compadre. Yo siempre le insistía que él era mala persona, ya nomás con el hecho de que había sido de aquellos guardias que tenía Maisterrena para cuidarle la hacienda. Siempre montado a caballo, la carabina atravesada a cabeza de silla, las carrilleras cruzadas al pecho y la pistola fajada al cinto. Parecía una persona común, pero sólo yo sé, que mi compadre era el verdadero demonio. Tanto lo fue, que hasta con tu padre cargó, aunque de eso él nunca quiso darse cuenta...

Tu padre era hombre de bien. Quebraba coco y desde octubre andaba en los palapares preparando la era de coquitos y tapándola con palapas para que no se le naciera en caso de que hubiera cabañuelas. Todo el día pasaba yo con él en el monte, con los chiquillos en el suelo, siempre con el miedo de que me los fuera a picar algún animal, y con la ilusión de que fuéramos todos a la fiesta de Nuestro Señor de la Misericordia a Compostela, el primer viernes de diciembre. Entonces todo era alegría, pues volvíamos con ropa, cobijas y trastes que comprábamos con el adelanto que le daba don Ramón Pimienta a tu padre, a cuenta del coco que le íbamos entregando a lo largo de los siguientes meses. Así fue, hasta que murió por el susto que le sacó el cabrón de mi compadre...

Por eso nunca se me va a olvidar el domingo aquél en el que tu padre me dijo desde temprano que mi compadre lo había invitado a traer cocos de agua de la playa de El Naranjo. Tanto fue su entusiasmo que desde temprano me dijo: -No me des ropa de domingo, mejor dame de la del diario, pues saliendo de misa nos vamos, ya hasta tengo los animales listos y ensillados para traer suficientes cocos de agua, ya ves, con el razal que tiene uno, para que coman a llenarse y con suerte, hasta unas cocadas podemos hacer, ojalá encontremos cocos sazones y con la comida dura.

Y fue así como, al salir de misa, se arrancaron con el rumbo de la playa, sin apenas haber comido un poco por la prisa que llevaban.

Era julio y ya los manchones de zancudos y jejenes hacían de la vida en la marisma el vivo infierno. Junto con el calor, tanto las moscas como los tábanos convertían la aventura en un suplicio para hombres y animales, y fue sólo al llegar a los palmares de El Naranjo, que el compadre, después de encender un puro de

tabaco negro, le dijo: -no los vamos a cortar, ya los tengo listos allá en la arena, enterrados desde el día en que los alisté sin darme cuenta de que no traía en qué llevármelos cargando-.

Y fue de esa manera que, ya enfrente de aquél montón de arena maloliente, y ante el asombro y el asco de tu padre, se mostró la verdadera persona que era mi compadre, sin diferenciar entre aquellos que lo llegaron a estimar, y aquellos que le temían o simplemente lo odiaban: -días tengo que no duermo, nomás de pensar que tuve que enterrar sus cabezas en la arena de la playa. Yo no sé, ni me importa, la razón por la que a la hacienda le molesta tanto que los que contrabandean raicilla desde Congregación y Chimo, tengan que descargar sus damajuanas en esta playa, para después venderlas a escondidas en todos los ranchos de la costa, hasta los más lejanos pueblos de Mazatán, Compostela y San Pedro Lagunillas-

-¡Pero, compadre, yo siempre pensé que el parentesco podía hacer que me tuviera consideración a la hora de hacer las atrocidades que a nombre de la hacienda o de usted en lo particular se le fueran ocurriendo!-

No hubo consideración alguna, y así tu padre tuvo que echar en el costal las cabezas de los tres desconocidos que habían tenido la mala fortuna de desembarcar su contrabando en la playa, aquella madrugada después de navegar desde el día anterior y cruzar, de hecho, a pura fuerza de vela y remo, la totalidad de la Bahía de Banderas, doblar la Punta de Mita y venir a atracar en la playa de El Naranjo...

Ya era tarde cuando tu padre terminó de enterrar aquella carga entre los coapinoles del panteón de La Puerta de la Lima, mientras mi compadre le comentaba con detalle la tristeza que le daba no haberlos enterrado en un lugar santo, razón por la cual había inventado eso de traer cocos de agua, para que fuera tu padre el que hiciera tan despreciable tarea.

-¡Y apúrale, compadre, ya deja de estar haciendo gestos, que ya va oscureciendo y hay que llegar al arroyo a que me laves el costal, no quiero que después, nomás de acordarme, me arrepienta de usarlo nuevamente!

La noche cayó al final de cuentas, y en el calor de aquella tibia noche de verano, la blanca luz de la luna devolvió la figura de tu padre restregando las fibras del costal de raspa contra las piedras del arroyo, mientras que de su piel se iba apoderando un profundo color amarillo que ya no lo dejó hasta que murió, al mes siguiente, cuando en sus desvaríos finales lo acompañaron los vecinos que no dejaron jamás de repetir:

-la bilis *redamada* termina por matar a aquéllos que se asustan de más o se impresionan-.

Pero yo, de mi compadre ya nunca supe. Sólo deseo que a donde quiera que ande lo alcance el castigo de todos aquellos que murieron por su causa o por su mano. Y de parte mía, que tuve que batallar para sacarlos a ustedes adelante en la profund soledad en que quedamos, sólo pido a Dios que el desprecio y las fuerzas me ajusten para decirle un día, al final de su existencia: que jamás el descanso te concedan, y de parte de mis hijos y de mí, maldito seas...



## El dinero del tío Camilo

Ir de Tepic a la costa llevaba, en aquellos años, cosa de todo el día. Las viejas *corridas tropicales* tomaban de la capital hacia Compostela, para después bajar a Las Piedras, habiendo pasado por Mazatán y por Las Coloradas a eso de media tarde...

Una ocasión yo era alumno de la escuela *Tipo* en la capital, y estaba, por fin, de vacaciones de verano. Como la época de lluvias se había adelantado, la *corrida* sólo pudo llegar hasta Las Varas y yo me decidí a llegar a mi rancho antes de que anocheciera, e iba con temor, pues su panteón queda a la salida del pueblo, por el camino que iba a tomar.

Al pasar junto a éste, miré ahí al viejo aquél que solía acompañar al tío Camilo a la cosecha de algodón a los campos de Sonora. La última vez que lo vi fue en el hospital de Tepic. Su vientre estaba demasiado abultado. Tenía perdidos los ojos y su nariz hinchada por las sondas que constantemente los médicos le aplicaban para drenar los desechos que su terrible enfermedad le producía. Su diagnóstico era, definitivamente, poco alentador.

-La amibiasis hepática es lo que más contraen las gentes que han ido a trabajar a los algodones en Sonora, por beber agua de los canales de riego- sentenció el doctor aquél.

Pero ahí estaba él, fresco y sentado en una de las gavetas, con una tranquilidad que contrastaba con mi prisa por ganarle ventaja a los últimos momentos de la tarde.

Lo saludé, y mientras lo hacía, trataba de hacer memoria de su nombre. No pude recordarlo. Sólo recordaba intermitentemente su amistad tan cercana con el tío mío, aquél que intercalaba su estancia en la costa con las idas anuales a la pizca de algodón, todavía más allá de los valles sinaloenses. El tiempo pasó de prisa, hablamos de todo un poco, hasta del clima, de las enfermedades y otras cosas.

¡Cuánto agradeció las visitas que yo le había hecho cuando estaba en el hospital, batallando con su terrible enfermedad, con la pobreza misma y el abandono como único compañero!

Me despedí de prisa.

El tiempo apremiaba y por los cerros venía bajando, pertinaz, una lluvia vespertina. Era el mes de julio y había empezado de lleno el verano en las tierras de la costa.

-¡Me saludas al tío Camilo!

Y aunque no me lo hubiera pedido, ya iba su encargo entre mis primeras encomiendas.



Me costó trabajo entenderlo. ¿Por qué me habría dado aquellos doce pesos? ¿Por qué no habría mejor hecho él un esfuerzo para llevar personalmente el pago de una deuda, incluso desconocida para mí, apenas un chamaco de quinto año de primaria? Me sentí contento. En mi bolsa sonaban, a cada uno de mis pasos, las monedas aquellas que constituían, por su monto, un verdadero tesoro...

Llegué a El Capomo cuando estaba oscureciendo, mojado, con mi ropa salpicada de lodo, pero el corazón feliz, haciendo planes para pasar de la mejor manera posible los dos meses aquellos.

¡Cuántas veces iba a ir a bañarme al arroyo, a juntar nanchis o a dedicar una tarde o dos a la búsqueda de bonetes maduros o a juntar semillas de chicle por el monte!

Abracé a mi madre.

Su olor me llevó de nuevo a sentirme como en los mejores tiempos de mi infancia. Habíamos estado tantos meses separados que sentí llegar de pronto al rincón de donde nunca debí de haber salido. Ese era, al final, mi origen y mi destino. Suspiré y entrecerré los ojos.

-¡Mira cómo vienes!

¿Habrás comido lo suficiente o vienes sin comer algo en todo el día?

¡No, si la gente de ´ora por eso padece tanto los *váguidos*, la *oscurana*, los *tramafáces* y el *latido*!

¡A comer, y sin dejar lo que se te dé, que por eso no se te ha quitado lo *taliste* desde que se le ocurrió al maestro Chicho llevarte para Tepic, que dizque pa´ que estudiaras!

¡A comer, que aquí se hace lo que se va ocupando!

Quise objetar ¿Pues qué cara habría de poner yo, si ya estaba ella administrándome el primer ponche acompañado de ramas maceradas de ruda?

¿Qué, ese era, según mi madre, el mejor recibimiento?

-¡Cómo ves, Camilo, a la juventud de ahora! ¡Habríamos de verlos en los tiempos en que nos criaron!...

Camilo, el tío Camilo, ¡Ah! El bendito tío Camilo, que estaba plantado cubriendo, de lleno, el marco de la puerta. Brinqué, de hecho, y a la vez que huía del brebaje aquél que tan diligentemente había preparado mi madre, traté de recordar el nombre de su amigo, sólo para descubrir que en verdad nunca lo había sabido, pues sólo lo recordaba por la frecuencia con que andaba con el tío Camilo.

-¿El amigo aquél con el que me iba pa´ Sonora? El mismo.

-¿El que estaba malo en Tepic, con la panza toda hinchada, batallando con esa enfermedad tan grave que sabe uno traerse de po´ allá? Ni más ni menos.

-¡Ah que muchacho tan bromista! ¡A ver si vas guardando esos doce pesos!  
¿Cómo ves, María, a tu muchacho?

Juré decir la verdad. Yo no podía tener doce pesos en la bolsa, cuando venía a mi casa a pasar vacaciones. Entonces ¿De dónde los habría sacado?

-¡Mira que decir que lo ha saludado! ¿Cómo ves, María, si no va esta juventud, de plano, de mal en peor? ¡Pero es cierto que esos doce pesos me los debía!- Dijo el tío frunciendo el ceño y *enchalecándose*, por fin, los doce pesos...

-De veras, muchacho ¿De dónde los sacaste? Algo raro advertí en el tío Camilo y en mi madre.



Al fin, al guardar el dinero en su bolsillo, me dijo:

-¿Desde cuándo lo tenías guardado? ¿Hace cuánto lo tenías contigo?

Le expliqué que me lo había dado hacía sólo un par de horas, cuando lo había saludado, sentado en una de las tumbas del panteón de Las Varas.

-¡Ah, que muchacho tan ideático! ¡Otra vez con tus cosas!

-El día que quieras ver dónde está, podemos ir al panteón a visitar su tumba, porque hace tres semanas que murió en Las Varas. Después de haber estado batallando en el hospital de Tepic, allí vino a morir.

-Lo enterramos aquí en El Capomo porque al fin de cuentas, aquí era donde tenía más gente conocida, casi su familia.

Un sudor frío recorrió mi espalda. Las piernas me temblaron. Encontré, de pronto, la respuesta a la pregunta que me había hecho al saludarlo, al estrechar su mano tan helada y al recibir, de su parte, los doce pesos para el tío Camilo...

Me acerqué a la mesa donde humeaba todavía el brebaje del que hacía sólo unos momentos había salido huyendo. De prisa me tomé el ponche que había hecho mi madre exclusivamente para recibirme. Me pareció, en verdad, lo mejor que había tomado en muchos meses...

## El cuñado de don Salvador Brambila

Nunca supe de donde había venido. Sólo sé que apareció un día en el camino aquél, joven y fuerte como era, con una blancura sepulcral que contrastaba con el color del resto de las gentes de la costa.

Resaltaba en él su sonrisa desconfiada, su pelo rubio y sus grandes ojos azules, de esos que sólo tienen la mayoría de las gentes de la sierra.

Lo cierto es que él disfrutaba su estancia en estas tierras. Haciendo a un lado el calor, los zancudos y las incomodidades propias de la costa, pasaba los días hundido en los arroyos que bajaban de los cerros al presentarse las primeras lluvias del verano.

Ayudar en las tareas diarias de la casa de sus parientes más cercanos le daba la tranquilidad de sentirse útil. Cuidar las vacas, ordeñarlas y ayudar en la descarga de bultos en la tienda del esposo de su hermana le habían hecho ver que, al final de cuentas, la vida en la costa sur del estado era, en efecto, una vida que permitía tener a la vista un horizonte un poco más prometedor que el que tenía allá atrapado, todo el tiempo, entre el cielo y las montañas...

En fin, a fuerza de voluntad y entrega, había llegado, a sus escasos diecisiete años, al lugar de la promisión y la abundancia, de las tierras disponibles, de los cocos y las frutas, del trabajo, del sudor... y de la muerte.

¿Para qué haber venido a este pueblo prisionero de los cerros y del mar?

¿Qué podía ser importante de veras en este lugar de arenas y miseria, donde el mar tan sólo da para tener en pie a las gentes que, aferradas a su historia continúan?

Ir a La Peñita a llevar una razón fue cosa fácil para él.

Caminar entre el monte y juntar algunas frutas tempraneras lo habían puesto de buen humor.

El regreso, cosa de una caminata vespertina y el llegar, oscureciendo, tal vez, a Las Varas, que era el pueblo más grande y animado en la región aquella.

¿Cuánto tiempo caminó de regreso? No lo supo.

Y no lo supo, porque era la primera vez que hacía aquel recorrido, de manera tal que batallaba para que cada recodo del camino quedase fijo, por siempre, en su memoria.

Nunca supe si pudo lograr aquella empresa.

Sólo sé que lo fueron a juntar, a poca distancia del camino, con la cara hundida entre la hierba y la sangre ahogándolo por siempre.

El lodo de los primeros días de julio le manchó jirones de cabello, los codos y las rodillas.

¿Cuántas veces cayó, rodó y se reincorporó para seguir corriendo? No lo sé. Creo que nadie, finalmente, lo supo...

Nadie sabe cuándo comienzan a anidar en el corazón del niño los sueños del joven, cuando todo parece, por fin, al alcance de la mano...

Lo cierto es que ahí iba ella, toda cargada de bultos y problemas. Un niño, tal vez de un año, en sus brazos, y otro que, de algunos cinco, la acompañaba entre triste, temeroso y decidido.

¿Qué puede pensar un joven de una mujer que huye del hogar y del marido?

¿Qué sentimiento puede inspirar una mujer con su rostro sudoroso y su carne joven, de andar que se niega a sucumbir así nomás, ante la estupidez del hombre que nunca supo, o nunca quiso darle el valor y el lugar al que aspiraba?

Huir, dejar atrás el pasado y las humillaciones. Arrancar a los hijos de esa vida tan lejana y azarosa, de ese mundo de brutalidad cotidiana y de la estupidez como algo imposible de cambiar, como algo que existe como tal, que no admite objeción de nada ni de nadie...

¿Para qué habrá alcanzado el joven éste a la mujer aquella?

¿Para qué ayudarla con los bultos, para qué jugar con el chiquillo aquél de los cinco años de edad y de esperanzas?

¿Para qué ser hombre, un hombre de no mal ver, joven de cuerpo, corazón y pensamiento?

¿Por qué tuvo que alcanzar a esa mujer y a su mala suerte? Porque a ambos alcanzó.

Ayudó a la mujer, y al ayudarla, selló para siempre su cita final con la fatalidad, con ese destino tan inevitablemente suyo.

¿Qué le preguntaría? ¿Supo siquiera cómo se llamaba? No creo. ¡Fue tan poco el momento en que caminaron juntos!

Le pareció tan corto el tiempo transcurrido caminando junto a ella, por aquél camino mojado por las primeras lluvias del verano.

Pero él nunca lo supo. Perdió la noción del tiempo y la distancia. Se embelesó con el cabello negro de la mujer aquella, soñó volar en desbocado corcel...

Apareció el marido de prisa y a caballo, con el odio brotando en su encendido rostro; la traición se paga con la muerte.

Un machete en la mano basta y sobra. Y el caballo aquél que, sudoroso, arremete contra el joven con todo su coraje.

-¡Mira lo que hago con tu jijodelachingada!

Al correr, desesperado, deja atrás a la mujer, los niños y las cosas.

Un pedazo de cielo se deja ver entre la fronda de los árboles. Cierra los ojos y se hunde. Los abre por última vez para hacerse dueño, para siempre, de ese pedazo de cielo azul que por fin le pertenece por completo.

El jinete le impide, por último, la posibilidad de hacerlo suyo nuevamente.

El machete cae de nueva cuenta en sus brazos, en su cuello y su conciencia. Se oyen ya las cigarras en el monte, zumban, alrededor suyo, las moscas que abundan en el verano de la costa sur de Compostela.

Después de eso, absolutamente nada...



## Tanto quiere el diablo a su hijo...

Nunca entendí qué fue lo que pasó con él. Era tan poco lo que lo había tratado, que difícilmente pude haber sabido cómo se llamaba. Sólo de vez en cuando bajaba de su rancho a estar unos días con su familia. Me llamaba la atención su habilidad para jugar canicas, para ganar, si de eso se trataba, trompos y zumbadores, y para montar cualquier animal que apareciera en su camino, desde las chivas que por el rumbo del arroyo tenía don Miguel Peña hasta uno que otro becerro que le soltaban en las fiestas de independencia o del 20 de noviembre.

Era para mí el modelo más cercano de hermano mayor, pues no obstante mi edad, llegué a participar algunas veces de los frutos obtenidos, y otras, del regaño atronador, del cintarazo eficaz que nos hacía saltar aullando, cuando su abuela se tornaba en brazo ejecutor de la justicia clamada por los vecinos ofendidos...

-¡Ya, madre, que no es para tanto lo que le han venido a contar esta mañana!

Por eso no he podido borrar el recuerdo de cuando lo vi por última vez, cuando lo trajeron de su rancho, con su familia y amigos alrededor, con el cansancio y la tristeza arrastrando entre todos, como una carga muy pesada de llevar, como si se tratara de un trozo de vida que al final de cuentas, nadie quisiera estar viviendo. No lo puedo olvidar, y yo creo que tampoco lo ha olvidado su familia, porque esa última vez que lo vi, fue cuando lo trajeron muerto...

Le decían el negro, o el prieto, o algo así por el estilo. Había llegado al rancho aquél en los tiempos en que se vinieron aquellas plantaciones tan grandes de platanares en la costa. Trabajaba de tal manera que cuando de limpiar materos de plátano se trataba no había quién le ganara. Al amanecer ya andaba en los campos, y para medio día tenía tantos materos limpios, que la gente empezaba a decir que estaba encantado. No faltó quien reforzó esa historia, y al poco tiempo lo envolvía un halo de misterio que se mezcló con mayor fuerza la ocasión aquella en la que, a la luz de un aparato de petróleo, le había ganado al padre de mi amigo hasta el último centavo, no obstante que al parecer, era uno de los jugadores de cartas más hábil en el rancho en que vivían.

-¡No, compadre, a mi ningún cabrón fuereño me va a venir a ver la cara de pendejo!

Y así fue como el padre de mi amigo y su compadre se pusieron a ver la manera de cómo habrían de matar a aquel fuereño...

La luna de octubre bañaba las primeras gotas de rocío en las grandes hojas de los platanos. Se despeñaba por los tallos moribundos de las matas de maíz que, secas, guardaban testimonio de la cosecha recientemente levantada. Aunque corría un aire fresco, el fuereño sudaba por el esfuerzo para subir lo más pronto posible, aquellas lomas empinadas. De pronto, un balazo rasgó el aire, mientras se perdía, para siempre, en el monte cerrado, que otra vez le brindaba su cobijo...

Le había parecido raro que de pronto aquel jugador de cartas hubiera disipado su coraje y le invitara no solamente a jugar, sino a cenar lo que tenía preparado, y más raro le pareció que la única condición para invitarlo fuera que trajera una salsa que le estaban haciendo en casa de su compadre.

Fue por esa razón que no vaciló en decirle a mi amigo, al encontrarlo de buenas a primeras:

-Dijo tu papá que fueras por una salsa que le están preparando en casa de su compadre- y se fue a recoger sus escasas pertenencias, para iniciar su apresurada huída...

-Te lo dije, compadre, que a ese cabrón no lo íbamos a matar muy como fuera.

Y yo, compadre, ¿Cómo quiere que me sienta? ¿Cómo fue que en lugar de ir él por la salsa, hubiera mandado a mi muchacho?

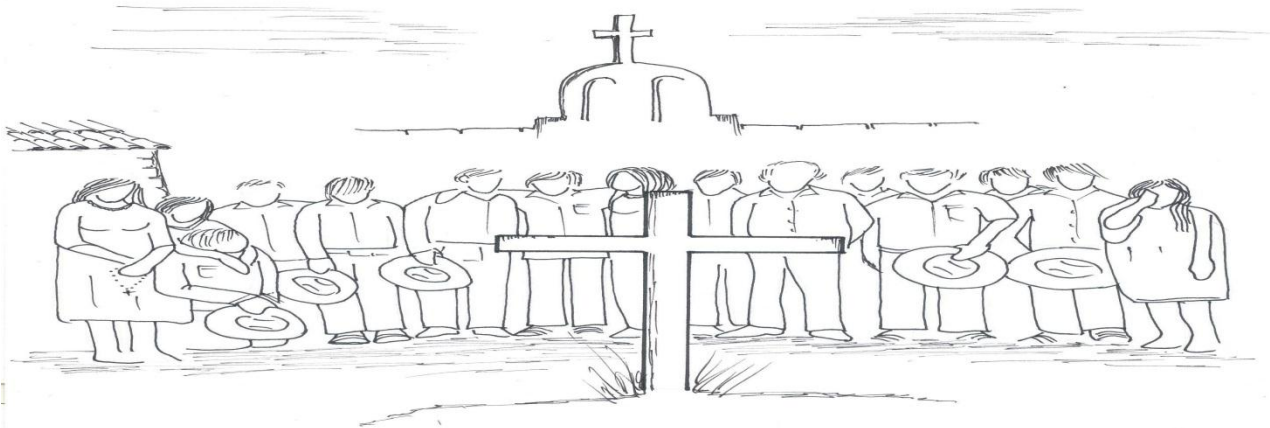
Por eso nunca supe bien lo que pasó. Sólo recuerdo a su padre caminar como si cargara un bulto muy pesado de llevar. Por eso se veía tanto pesar en su familia, cuando lo bajaron de su rancho atado a una tabla, cargado por los vecinos que habían salido con las primeras horas del día, para venir a sepultarlo al panteón de mi pueblo.

-Te dije, compadre, que ese cabrón fuereño estaba encantado.

-Yo no sé compadre, pero lo que sí creo es que le han de haber avisado los duendes que usted lo estaba esperando en su casa, pa' matarlo en cuanto apareciera...

-Pos sí, compadre, pero ya ve lo que pasó, al final de cuentas...





## El Llano de Vidal

En las lomas de La Atalaya hay lugares que se conocen por el nombre de la persona a la que pertenecen o pertenecieron.

Así, cada rincón de esa extensa porción de tierra roja, que pasa de las constantes tolváneras en los meses secos a un endiablado barro pegajoso en época de lluvias, está relacionado invariablemente con el dueño al que pertenece.

En esos lomeríos caminar en tiempo de lluvias se vuelve un acto de heroísmo, y si de levantar cosecha se trata, toda una empresa.

Por eso, al pasar por aquel llanito pospelaco e insignificante nunca me extrañó que la gente sólo contestara cada vez que preguntaba:

-Aquí es el Llano de Vidal.

Se me hizo difícil imaginar la vida suya, campesino trashumante en su propio territorio, ánima en constante pena, pues así, la fortuna de tener un pedazo de tierra, tratándose de ese llano improductivo y lúgubre se convertía, a pura fuerza de realidad, en el castigo peor que la vida le podía haber impuesto.

-No, no es porque era de él, sino porque aquí lo mataron.

Las Varas crecía a pasos agigantados. Una vez repartidas las haciendas, las tierras disponibles se volvieron el destino al cual todo mundo parecía estar llegando. La gente venida de los pueblos de arriba juntaba el coco de las palmas, abría tierras y cultivaba frijol, se hundía en las prontas vegas de tabaco, de hojas grandes y fuertes tallos, de aquellas que se conocían con nombres tan simples como negro vallecano y orinoco...

Las Varas juntaba a la gente, la revolvía, la cobijaba o la sepultaba. Corría por sus calles el raicilla traída de contrabando en canoas desde Congregación o Chimo. Se comenzaban a conocer las maravillas del hielo, producido en la reciente fábrica de doña Chicha. La costa comenzaba a conocer los primeros montones de corcholatas de cerveza traída en barco desde Mazatlán y que llegaba con cierta regularidad al embarcadero de Chacala.

Era también destino de gente de la peor calaña: habían dejado el papel de testaferros de la hacienda, recientemente repartida, e incursionaban en actividades que iban desde el asalto, matar por paga, contrabandear raicilla, organizar manos de naipes o peleas de gallos a escondidas de la autoridad municipal, etc...

Es junio y se ve poca gente por la calle. El calor es sofocante, y en el fondo de una cantinucha dos hermanos preguntan con desgano, quién sería el responsable de la muerte de un hombre al que, harta ya de soportarlo, una mano

justiciera se había animado a despacharlo al otro mundo. Al parecer, quien pudo haber realizado tal hazaña debía de ser un hombre fuera de lo común, todo un héroe...

-Aquí nomás, su servidor.

Brinca a la escena un borrachín empedernido, que no era otro que el siempre insignificante hombre dueño del nombre con el cual se habría de conocer, desde su muerte, el llano aquél, a casi diez kilómetros de distancia.

-No- dijeron los hermanos.

-Sí- contestó Vidal, como para que no cupiera duda, a la vez que agigantaba su figura contra el marco de la puerta.

A Vidal lo mataron en ese llano, y muchos meses después sólo encontraron su esqueleto, regado entre las escasas hierbas, al final de la época de lluvias.

Dicen que lo torturaron los hermanos del muerto en Las Varas. No lo mataron rápido, pues querían prolongar su sufrimiento lo más que se pudiera. No le dieron de comer, ni le dieron agua. A grito abierto quería convencerlos de que él no lo había matado, y que sólo les había dicho tal cosa, con el único afán de sentirse interesante. De nada le sirvió asegurarles que él ni siquiera había conocido al hermano del par de hombres que dispusieron de su persona y su existencia.

Dicen también que lo desollaron, y que lo hicieron caminar sobre la tierra reseca, en caminos de sal que ellos regaban para hacerlo sufrir.

Si alguien les hubiera dicho que Vidal era sólo un borracho sin oficio ni beneficio, y que su estancia en Las Varas era sólo ocasional, quizá nunca hubiera sucedido eso con él.



Pero la suerte así es de rara algunas veces. Hay ocasiones en las que es mejor quedarse uno lo más posiblemente silencioso. Yo lo sé desde el día en que me contaron esta historia, y por eso procuro ir lo más callado posible cuando paso por el Llano de Vidal, principalmente si es de noche...

A veces rezo por él, aunque lo hago convencido de que rezar no es una de mis mayores habilidades, y de que nadie tuvo más culpa de su muerte que él mismo, y le reclamo.

Pero lo hago en silencio, precisamente, por la misma razón que a mi reclamo da respuesta...

## Morir sin haber nacido

La verdad es que la gente a todo le halla. De todo encuentra razón para hacer comentarios que hieren, o que exponen a la víctima al escarnio público. De esa forma, se sabe de aquél que se casó con la muchacha que padecía secuelas de poliomielitis, y que ante la burla de sus conocidos y amigos optó por excusarse del asunto a partir de decir simplemente: «no la quiero pa' jugar carreras». Al mismo tiempo, no faltó el desquehacerado que inventara la historia de que el par de tuertos del pueblo habían intentado entrar al cine pagando un sólo boleto, alegando que la tarifa abarcaba un par de ojos, por lo cual sentían el derecho de acogerse a dicho beneficio, mientras que en el extremo de la ironía a los más prietos del pueblo les han asestado nombres como el de El Dólar, mientras que a éste, mi vecino, no le han puesto más sobrenombre que el de El Prieto, y así se ha hecho famoso, incluso desde el día en que se le ocurrió meterse a vender paletas que compraba en Las Varas, en la paleta de doña Chicha, e irse a venderlas por los pueblos de la costa.

Alguna vez recuerdo haberlo alcanzado en una loma en la que había nanchis, llevándose a la boca las frutillas maduras que juntaba del suelo, mientras que de aquello que semejaba una pequeña caja de abejas, goteaba el jugo de las paletas que, junto con el agua del deshielo, resbalaba hasta llegar al lodo en que las lluvias habían convertido el polvo del camino.

-¿Tú crees que va a ser negocio para mí ir hasta La Peñita en bicicleta, si para cuando llego ya las paletas se me hicieron pedazos por los brincos del camino, y las que no, ya casi se deshicieron?

Tú que sabes hacer cuentas, ayúdame a calcular, si le gano un diez a cada una, cuántas debo de vender para juntar diez pesos, que es lo que ganaría si en lugar de vender paletas por los ranchos, me fuera a trabajar con alguien al monte, en vez de andar empujando la bicicleta en las subidas, y batallando cuando alguna piedra filosa o una espina me la ponchan, por lo que casi siempre necesito pasar a que le arreglen algo al taller de don Lupe Palomitas, quien me dice que en Tepic venden motos con el viejo japonés que está por la calle México, un poco más abajo de la plaza principal.

Me habías de hacer favor de preguntar cuánto cuesta una motito 50 o 90, si se la puedo pagar en partes, o si en todo caso, le puedo llevar un enganche y que me espere tantito, mientras que, ya con moto, podría vender muchas más paletas, iría incluso hasta Alta Vista, El Divisadero o El Tonino, ranchos a los que, por más

que le hago la lucha, no puedo llegar así, y me debo conformar con ir a los pueblitos que están en la parte más plana del valle.

¡Tú estás joven, estudias en Tepic y no andas como yo, con el razal pidiendo de comer, y pa´ acabarla de chingar, con ese vicio de la tomada, que por más lucha que le hago, nomás no lo he podido dejar!

La plática ahí quedó. Yo, en el recuerdo de la misma, me he dirigido a la tienda de motos en Tepic, he encarado al viejo japonés que las vende, en quien he podido ver el desprecio que siente por la gente pobre, por el joven inexperto que ha cometido la osadía de importunarlo con preguntas sin sentido y, en el paroxismo de su enojo, me ha despachado con vientos frescos, reclamándome incluso el valor del tiempo que le he hecho perder en esa mañana tan bonita.

Yo, enojado por el trato dispensado, me he permitido sacar desde lo más profundo de mi ser el nacionalismo que me impulsa a celebrar la derrota del Japón en la Segunda Guerra Mundial, las ganas de que en un arranque de justicia social el gobierno mexicano lo mandara con todo y bártulos hasta su mismísimo país de origen, y he encontrado la explicación a su fobia contra los mexicanos en la envidia notoria que le provoca el hecho de que nosotros no tenemos los ojos rasgados como máquina tragamonedas...

Me he parado en la esquina que forma la avenida México con la plaza principal, me he extasiado con el vuelo constante del lábaro patrio, mudo guardián de la plazuela de los delfines del palacio municipal, y he visto las palomas volar en círculos sobre los paseantes de la plaza, mientras que me he prometido buscar por todos los medios posibles motorizar al paletero de mi rancho, vengar desde el fondo mismo de la pobreza y la necesidad el sudor de aquel aprendiz de empresario rural al que todas las probabilidades le apuestan, pero en contra...

Resueltos los encargos de parientes y conocidos, he vuelto a mi rancho con unas barras de alfajor y de cajeta de membrillo, así como hierbas y condimentos extraños que sólo a mi madre se le ocurre encargar, como semillas de linaza y nueces de cola, además de dos o tres frascos de jarabe Winter Smith y de tónico Quina La Roche, el primero reconocido simplemente como Bister-Bis, excelente para la tos, y el segundo, recomendado para los mareos de la gente desnutrida, con su botella oscura y su etiqueta llena de palabras en francés que nadie entiende...

Me he levantado temprano para platicar con el paletero de mi rancho, ver cómo cabrones le vamos a hacer para que sustituya su armatoste por una nueva y flamante moto Islo 90, y acompañado de su estruendo anuncie por los pueblos de

la costa el advenimiento de los nuevos tiempos empresariales en los que la vida moderna nos ha, de plano, sumergido...

Pero ha sido inútil. Sólo atino a recordar el día en que lo vi en la loma aquella, deteniendo su vieja Raleigh con la cadera, juntando los nanchis que alcanzaba de manera tan incómoda. Y recuerdo nuestros planes, y la necesidad imperante de que los cancele para siempre en mi mente juvenil de estudiante acomodado. Sólo miro al paletero a través del vidrio de su ataúd, mientras una voz lejana me comenta que una congestión alcohólica lo ha matado la noche del viernes en que llegué a mi pueblo, cargado con los planes que jamás habremos de cumplir entre los dos, y me limito solamente a mirarlo partir como idiota en abandono...



## ¿Algo habrá que agradecerles?

El médico Juan Acosta fue pionero en Las Varas. Cuando yo lo conocí ya tenía años de vivir ahí, y ya hasta tenía una huerta de mangos al doblar la curva del arroyo Seco, por la salida de Las Varas hacia Compostela.

En cierto modo, el médico era ya parte de la comunidad, a todos los trataba con familiaridad, tanto que hasta a mi abuela le decía pariente. Él fue un buen amigo de mis padres, y recuerdo sus tratamientos tan agresivos de tetraciclina, que lo conducían a uno por extraños episodios de locura pasajera, y te remitían a temprana edad con el dentista a Compostela, a que te extrajera los restos de los dientes atacados por el brutal antibiótico.

Además de lo anterior, resaltaba en él su estatura, los accesos de cólera que lo hicieron pronto famoso, y la calvicie prematura que lo habilitaron de manera más que suficientemente precoz para que en el pueblo se le conociera, casi desde el día de su llegada, como el médico pelón.

A mi tío Luis apenas lo recuerdo. Era yo un niño cuando, a orillas del arroyo, lo vi rasurarse, entregado en un rito casi idílico entre el espejo y él para cortar la barba y el bigote cano, que combinaba de manera casi perfecta con lo blanco de su ropa de manta almidonada que casi siempre vestía. Y ahí, semidesnudo como se encontraba, a orillas del agua me pude percatar de que los tajos que tenía en la cara continuaban hacia sus brazos y su espalda, y abarcaban esa parte que une el cuello con el torso, como un recuerdo indeleble del pleito en el que, a machetazos, lo habían dejado enterrado entre nopales, lo que provocó que la familia de mi abuelo se desplazara desde las montañas de la sierra hasta las planicies de la costa, lugar a donde todos llegaron a probar fortuna.

De mi tío la gente decía que era rico. Quizá sí lo fue, porque yo veía que en su casa había cosas que en la mía nunca se vieron. A mí me encantaba ver su cocina con los rellenos de ollas y cazuelas colgadas de clavos, de la mayor a la menor. En un altar siempre había flores ante una imagen de la Virgen de Guadalupe, al lado de la cual estaba una fotografía de mi tío y de su esposa posando con la basílica a sus espaldas, él muy de botines negros y ella hasta de moño y peineta de carey.

Total, en esa casa no había hambre, y era eso claramente notorio, incluso por la servilleta y el cotense colgado, con el bordado aquel que señalaba siempre el día que se vivía, y tenía mi tía, en el extremo de lo incomprensible, un juego de



planchas de hornilla de muy variadas medidas, de las cuales era mi preferida la más pequeña...

Aquella plancha era especial, pues aunque en mi mundo infantil me evocaba la imagen de una tortuguita, yo la usaba como carrito con propiedades de moto conformadora, ya que a los escasos diez minutos de que el descuido de la cocinera de mi tía la hacían caer en mis manos, ya tenía yo caminos construidos en el corral de mi tío y en el de mi abuela, del que iban a rescatar la mencionada plancha, no sin antes otorgarme, de manera más que generosa, el privilegio de ver mi obra en perspectiva aérea, pues ya fuera de la oreja, el cabello o la camisa, me levantaban con tal rudeza que sólo el efecto balsámico del tiempo y la desvergüenza natural que siempre me ha caracterizado, me permitían incursionar de nuevo en la casa del tío Luis, en el hurto fugaz, incomprensible y demencial de la mencionada plancha...

Mi tía Luisa era hija de mi tío Luis. Nunca supe si era la mayor, pero de lo que siempre estuve muy seguro, era que ocupaba un lugar muy especial entre aquellos que la conocieron. Dicen que murió de parto de su último hijo. Yo, la verdad, nunca tuve la certeza de haber conocido a los que fueron sus hijos, sólo a este último, que fue criado por mi tío Salvador, un hermano de mi tía, que crió a este muchacho como si hubiera sido suyo, al que por nombre le dieron, por cierto, el nombre de su abuelo y de su madre.

Para mi padre el recuerdo de su prima fue toda la vida especial. Alguna vez me llegó a confiar por qué le tenía tanto odio a los borrachos, del que siempre echó mano cuando le soltaba a algún conocido suyo la frase: vuelves cuando ya se te haya pasado lo pendejo...

-A los borrachos los odio porque fue por la culpa de un par de ellos que murió tu tía Luisa- me confió un día en el que habíamos pasado la tarde trabajando en el arreglo de una cerca...

Luisa había pasado batallando por parir desde la tarde anterior, y era ya domingo en la mañana. La partera sudaba junto con ella y la trataba de tranquilizar para que le ayudara un poco.

-Desde un principio supe que tu niño venía de nalgas, y le dije a tu padre que si así era, íbamos a necesitar ir por el médico pelón a Las Varas.

Y tengo desde la mañana queriéndolo convencer de que mande a alguien a traerlo, mientras que él entra y sale que porque tiene detenido a un par de cabrones que se pelearon a machetazos en el corral de los toros, como que si su

preocupación principal pudiera ser lidiar borrachos, en lugar de estar al tanto de la salud de su hija.

¡Corre, Abundia, y dile a Luis que de la rapidez con la que el médico venga depende que se le detenga la hemorragia a Luisa, ahora que ha tenido al niño, pues en verdad ha quedado en malas condiciones!

Y ese sangrado que no se le detiene, no se le quiere detener con nada.

¡Corre y dile que urge, que ya se deje de andar cumpliendo con ese encarguito de *juez*, como que si al gobierno le va a importar a la hora que se le muera su hija!

Dicen que mi tía murió en la noche del domingo, y que a las seis de la mañana del lunes ya estaba tendida rodeada de flores y con los cuatro cirios aquellos que traían desde Compostela.

Oiga, médico, y cómo jijos de la chingada no pudo venir a ver a mi hija cuando yo le había mandado avisar desde la hora de la comida.

¡No cabe duda que cuando más se ha necesitado de usted es cuando más se ha hecho desear!

-¡En fin, que cuando las cosas ya están escritas, poco puede el poder del hombre para cambiar las decisiones de Dios padre!

-¡No me diga eso, don Luis, -replicó el doctor- si yo llegué cuando casi estaba oscureciendo, y me devolví ya noche, después de haber curado en la cárcel a los que se machetearon, que por cierto, viera qué trabajo me dieron, por estar batallando con la luz de la cachimba, tratando de adivinar dónde dar la siguiente puntada, en el cuarto ese que ustedes utilizan como cárcel!

-¿Y a ningún pendejo de los que lo vieron se le ocurrió decirle que yo no lo había mandado llamar para eso, sino para que nos ayudara a salir del apuro de Luisa, que estaba a esas horas desangrándose?

-A ninguno, don Luis, yo de eso nunca supe, y a nadie se le ocurrió decirme el motivo por el cual usted no estuvo, como siempre, para recibirme en su papel de autoridad del pueblo...



## El ramo de limonarias

-¡Si le vas a llevar flores a esa muchacha, vale más que le lleves de una vez un bouquet completo! - Me dijo la abuela, sonriendo.

Me supe, de pronto, descubierto y apenado.

Tantas veces había ido a verla y tantas veces la acompañé en las tardes aquellas, viendo cómo el sol se ocultaba entre las ramas de los mangos. Sentada en la vieja silla, era para mí una reina. Sus manos delgadas, sus pies tan blancos como la cera y sus ojos perdidos, parecía que acababan de una sola vez, por robarse para sí el misterio mismo de las gentes y la vida.

Me convertí en su compañía habitual, casi en su sombra. Su madre, preocupada todo el tiempo, se fue acostumbrando a mi presencia impertinente.

De su padre nunca supe, de sus hermanos, tampoco. Debieron de existir de alguna forma.

Sólo la recuerdo a ella, a su madre y al bullicio aquel de los niños que entraban entre gritos reclamando las cosas que sólo son reclamables en su mundo....

¡Cuántas veces la hube de ver en medio de aquellos atardeceres de la costa!

Era todo para mí. La descubrí un día en el que la gente sale, por algún motivo, de sus casas. En medio de aquel calor caminaba a duras penas, apoyada en el hombro de su madre, procurando asirse como para no caer de bruces entre aquella muchedumbre.

Su presencia en la iglesia era constante, aunque los ruegos a la imagen milagrosa de La Candelaria no pudieron dar los resultados esperados. Fue empeorando.

Un día no pudo, por fin, levantarse, por lo que mis visitas se fueron dando más frecuentes y desesperadas.

Ya se acercaban las primeras lluvias en la costa. El olor de la tierra mojada, el ruido de los grillos y chicharras competían, tan sólo, con el coro de las ranas que invadían, poco a poco, los callejones pueblerinos.

Los hombres comenzaron a marchar, de pronto, a sembrar los primeros granos de maíz, de pepino y calabaza.

¡Cuánto debí de haberla amado!

Con las flores en la mano, me acerqué a la silla donde descansaba recargada en la pared de adobes. Pude ver su tristeza y advertí una palidez mucho más acentuada que iba, inexorablemente, apoderándose de ella.

Su desgano era evidente y su fuerza se advertía casi nula. Puso el bouquet sobre sus piernas. El pelo le caía, húmedo aún, sobre sus hombros y sus brazos ¡Ay, de aquella cabellera rubia, tan larga y tan hermosa!

Juré no separarme de ella. La besé, le tomé su mano y la invité a caminar justo a mi lado. ¡Había tantas cosas que ver! ¡Había tantas ilusiones entre ambos que no pude más que declararme su profundo admirador, su enamorado!

-La he bañado temprano para que la encontraras bonita- dijo su madre.

-Dile, dile que la quieres, ¡Ruégale que se ponga de pie! ¡Es tan bonita mi niña, es tan bonita! Y salió de prisa, con las manos cubriéndose la cara, para no mostrar el llanto a su princesa.

Yo salí triste, no pude soportar aquel momento. Ya no volví más ese día...

Murió dos días después. Las vecinas anduvieron por el pueblo aclamando por ayuda para improvisar aquel velorio.

Sus dedos, entrelazados, sostenían un ramo artificial de flores blancas.

No eran diferentes a las lágrimas de su madre, de sus hermanos y las mías. Al partir, el viento arrastró su pelo fuera de la caja; lo vi por última vez, antes de que su madre lo acomodara nuevamente.

¡Con qué cuidado, con qué amor lo fue posando nuevamente a los lados de su rostro! ¡Con cuánto amor acarició su cara!

Cuánto dolor manifestaba ella al decir una y otra vez:

-¡Mi niña! ¡Ay, mi niña! ¿Por qué ella, por qué?

Los cirios fueron apagándose, solos, por la mañana, poco después de que la llevaran a ocupar su última morada...

¿Por qué habrá muerto en la flor de su adolescencia? ¿Por qué habríamos de ser tan pobres?

¿Qué habrá sido, por fin, aquello que terminó con esa vida, con esa joven tan hermosa de tan sólo quince años?

¿Y por qué tanto dolor, tanta miseria y abandono?

Porque la abandoné al final de cuentas.

Jamás volví a mirar su tumba, un pobre montón de tierra con una cruz hecha por el carpintero del pueblo, el mismo que hizo el cajón donde partió para siempre ella, quien pudo haber sido mi inseparable compañera.

Jamás la vi de nuevo. Jamás pude aceptarlo, porque nunca cupo en el corazón de un niño de cinco años el enorme abandono de su muerte.

Porque desde entonces, camina junto a mí y está a mi lado...



## El contrafuerte de adobes

San Pedro es un pueblo extraño. Rodeado de cerros y cañaverales, pudiera ser un pueblo apartado de toda civilización, aislado. Su arroyo se desprende de esas lomas pedregosas que en tiempo de lluvias se cubren de yerbanís y santa María. Por donde el sol se mete, sus dos o tres calles largas y quebradas lo llevan a uno como quien no quiere, de la laguna hasta la salida del pueblo, por el rumbo de Compostela, y hay gente que sostiene que, si se escucha con atención, hasta aquí se oyen, en las madrugadas, las campanas de la iglesia de Compostela, cuando llaman a misa...

Por eso San Pedro es todo, menos un pueblo apartado. Llegan aquí y de aquí salen cargas de maíz, de elote y de plátano hasta Chapalilla o Las Guásimas, vienen aquí a vender sus cosas para la costura vendedores como don Rafael, ese otro al que le dicen El Mariachi y todos aquellos que se aventuran por estos rumbos, y aunque el dinero nunca abunda, al menos es la oportunidad para que éstos saluden al amigo ocasional o al pariente extraviado hace años...

Al mismo tiempo, San Pedro compite con otros pueblos en el tamaño y la abundancia del maíz que lo ha hecho famoso por la calidad de sus cosechas. Desde octubre hasta diciembre la gente se organiza para pizar, acarrear y desgranar los granos que como río amarillo se llevan el sudor de tantos hombres y lo regresan en forma de efímera riqueza que permite mejorar la casa, protegerse del frío, vestirse y calzarse y, sobre todo, conjurar la miseria que azota cada una de las calles y las casas de las que se compone el pueblo, en los meses en los que el tiempo de secas se convierte en el endiablado enemigo con el que hay que luchar, al menos, mientras llegan las ansiadas lluvias del verano, en las que hay que volver al surco con fuertes y renovados bríos...

-¡Vas a ver, cómo este año nos vamos a redondear de tantas necesidades que tenemos que resolver! ¡Si vieras el montón de maíz cómo crece cada vez más al centro de la parcela, que ya desde el camino me han gritado que para cuándo entran a desgranarlo esos que vinieron este año desde Borbollón, y que hasta los sacos estibados te dejan, ya nomás para subirlos al carro! ¡Y, sobre todo, no creas que se me ha olvidado que tenemos ya la más grande de quince años, que si no le celebramos, de perdido le vamos a encargar su pulso a don José Gutiérrez, el relojero que viene de Compostela!

Hay algo que intriga el alma y que, llegado el momento, a todos acosa. Es el miedo a ser aquello que desde que se tiene el más mínimo de conciencia, anida en lo más profundo del ser. Es el miedo a fallar, a defraudar la confianza de quienes nos dieron la vida, y que de manera simple, pero efectiva, nunca pierden la oportunidad de machacar a cada instante qué es lo que no esperan de nosotros, aquello que hay que evitar a toda costa, y que dista mucho de lo que se puede aspirar a ser, ¿Por qué será que es más fácil de enunciar lo que se prohíbe que lo que se autoriza? Así, la de quince años pasa de la inocencia a la malicia, luego a la tentación de caer en los reclamos de su ser mismo, a la posibilidad de comportarse como se supone que es normal en una adolescente de pueblo a la que todo le parece al alcance de sus tiernas intenciones...

¿Cómo decirle a su padre que en su corazón anida ya la inocencia del primer amor, ese que escondido en el contrafuerte de cualquier pared de adobes se hace presente en el corazón de quienes parecen decididos a abrirse paso en la vida, con la fuerza misma como lo hicieron su madre, su abuela y su prima, aquélla a la que el sólo recuerdo le hacen arrancar de su padre la más atronadora de las regañinas? -¡No, si desde que tu prima salió con su domingosiete todo es vivir con el pendiente de saber que cualquier día de estos nomás sabe uno que arrancaste con cualquier jijo de la chingada, tal como lo hizo la otra desvergonzada!-¡Y que no me brote de repente con que ya traí novio, que ya la he clachado cómo se le queda viendo el muchacho ese socarrón, hijo del molinero! - ¡Te me vas olvidando de tus quince años, de los zapatitos esos blancos que siempre me has pedido, y de tu pulso, pos ni modo, es lo primero de lo que te vas a despedir!-Dijo el padre, con aire doctoral y alisándose los bigotones mugrosos después de atizarle desesperados sorbos al jarro de atole y de zamparse de un hilo varios pedazos de calabaza enmielada...

Pero, ¿Qué importan las regañinas del viejo zoquete de su padre, si octubre es, por naturaleza, el mes de los enamorados? ¿Qué, van a poder más las reprimendas del viejo incomprensivo, si laten un par de corazones con todo el ímpetu que dan las ganas de vivir, de reflejarse el uno en el otro, y compartir la vida tomados de la mano como lo han estado haciendo desde hace unas semanas, escondidos en el contrafuerte de adobes de las trojes de los Robles? ¿Cómo sustraerse al encanto de ver cómo la luz de la luna se derrama entre las hojas secas del maíz, y se refleja en las redes que febrilmente construyen las arañas vespertinas? ¿Y qué son esas cosas que brillan entre las rendijas de los adobes, como si fueran granos de diamante desperdigados de manera que parece que la cúpula celestial no está sobre nosotros, sino a nuestro lado, delimitando la calle anchurosa y quebrada con las trojes llenas de maíz de la cosecha nueva?



¿Un beso, qué es un beso, si no el compromiso fugaz, con fecha de vencimiento indefinido, el pase a la mayoría si no de edad, sí de valor para tomar para siempre, en nuestras manos, nuestras vidas y nuestras propias decisiones? ¿Que me despidió de mi fiesta de quince años y del pulso que le iban a encargar a ese don José, el relojero que viene de Compostela? ¿Que mi prima es una desvergonzada? Y qué, si yo nomás la veo con su media docena de chiquillos batallando con el que hoy es su marido, y su batallar no es muy diferente al de mi madre, el del resto de mis primas y el de mi abuela...

Un beso es un beso, y todo es ofrecer en el supremo instante los labios ávidos de amor, de sueños, de sed por remontar la vida sobre la vida misma, y simplemente, volar...

De esta forma, la vieja barda de adobes fue el único testigo de ese instante en el que el tiempo parece haberse detenido. Y fue ahí donde, en el acto supremo del primer beso de la niña de quince años, al recargarse en los adobes de la vieja barda, en el que un alacrán le inoculó su veneno mortal en la frontera misma entre el torso y el cuello, lo que hizo que se apartara del novio y huyera hacia su casa, con el apuro de saber que el efecto de la picadura le habría de resultar en una crisis que podría desembocar en su fallecimiento, y el susto de tener que explicar las circunstancias en las que el animal le había picado.

Con esos apuros se acostó y no fue hasta en la madrugada, cuando la crisis respiratoria la tenía ya en ese punto en el que se difumina la frontera entre la vida y la muerte. Para las cinco de la mañana, la niña había fallecido...

-¡Busca, mujer, entre las cosas, el cabrón animal que le picó a la niña!

-¡Cómo voy a creer que le haya picado dormida, y que no podamos encontrarlo!

La sombra de la pena se instaló en San Pedro por unos días, pero en la casa aquella parecía haberse estacionado para siempre. Y ahí quedó, en suspenso, la compra del pulso al relojero de Compostela, los zapatitos blancos de tul que tanto había pedido, la fiesta en la cual habría de aparecer ya no como una niña, sino como una mujer hecha y derecha ante los ojos del pueblo aquel en el que había nacido...

Y nadie supo lo que había sucedido aquella noche en que le habían dado su primer beso escondida detrás de la barda aquella. Sólo quedó en el recuerdo del hijo del molinero la mueca de dolor que reflejó su rostro al desaparecer rumbo a su casa con la pregunta aquella que aún retumba en sus oídos: ¿Y qué le voy a decir a mis padres? Si el piquete de alacrán de veras me hace...



## Los hijos del carbonero

Melquiades el carbonero era hombre de bien. Aficionado al radio, pasaba los días intentando escuchar alguna estación interesante encima de los riscos de esa sierra que le dicen de Tepiqueños, mientras cortaba leña del mejor roble y encino para llevar a vender carbón a Compostela los días de mercado. Al mismo tiempo, se le reconocía casi como un genio, pues su afición por las cuestiones técnicas lo había convertido en el mejor del rumbo cuando de arreglar rifles, afilar tijeras, herrar caballos y soldar ollas se tratara.

Su fama era legendaria. Punto culminante había sido su invento de una trampa para tigres y su intento por hacer un avión con un viejo motor Fairbanks que le habían fiado. Y hubiera sido completa de no ser porque quedó colgado tres días sin comer y sin beber en su famosa trampa tigrera, cuando la probó una vez instalada, habiendo él mismo tomado el lugar que debía de haber reservado para el felino, y porque lo fueron a rescatar de su famoso aigroplano, encaramado en las ramas de un montecito de habillas que estaba en una majadita cerca de la loma en que vivía, en la cual había improvisado, según sus muy propios y particulares cálculos aeronáuticos, lo que ya había pomposamente denominado como pista de aterrizaje...

-¡Pero van a ver, bola de cabrones, nomás déjenme terminar mi pista de aterrizaje pa echar a volar mi invento, y darme mis vueltecitas por Compostela y Miravalles, a ver a toda la gente almirada, haciéndose visera con la mano, pa distinguir al Melquides pilotiando su aigroplano!

Todavía se conserva, por cierto, una vieja foto en la cual posa orgulloso frente al aparato, y en la parte trasera de la misma se distingue un letrero garrapateado con lápiz, el que, con terribles trazos dice: Targeta de retrato del avion de Judas Escariote nalgas de collote...

Melquiades no es solo. Lo acompañan siempre dos de sus hijos, los que se han resistido a dejarlo como todos los otros que poco a poco lo fueron abandonando, desesperados por las excentricidades del viejo. Éstos sufren con paciencia los excesos del padre. Bueno, quizá uno de ellos ni siquiera sufra... vive atrapado en eso que la gente muchas veces critica, y que el imaginario colectivo atina sólo a definir como que el muchacho es medio sencillote, pero que, a espaldas de su padre y del otro hermano sueltan de manera más que despectiva con la frase aquella de que quizá no está bien llegado.

Por eso es que él jamás reniega como lo hace su hermano. El otro es *un azogue*, según palabras de su padre, cuando habla de su laboriosidad y

prestancia. Es en éste en el que recae toda la responsabilidad, a veces hasta batallar con la falta de entendimiento de su hermano. Es este el hijo que se quedó a cargo de seguir haciendo carbón cuando al viejo le pegó la ventolera aquella de irse a la costa a quebrar coquito de aceite para poder comprarse una batería de 1000 horas, y pasar oyendo el radio en el picacho aquel enfrente de su casa, habiendo bajado sólo cuando se le acabaron las gordas, casi una semana después. Es por eso que, al igual que en las ocasiones anteriores, hoy es el responsable de mandar por tren la carga de carbón que habrán de embarcar en la estación de Compostela.

-¿De onde habrá sacado el viejo la idea de mandar carbón a Tepic, ni que por allá no hubiera carboneros buenos que surtan el que se les pida, y sin andar con tanto disparate de mandarlo en tren, sino bajarlo directo del burro a la cocina?

¿Y cómo le vamos a hacer para darnos cuenta de que el tren viene, si en lo oscuro de la noche es casi imposible saber a la hora que llega, y muchas de las veces ya es de día cuando aparece por las lomas coloradas de Carrillo Puerto?

¿Pues, cómo se le ha ocurrido al viejo mandarme solo con mi hermano de compañero, cuando lo más que hace es pasar a ser otra de las responsabilidades que debo de atender?

¿Acaso me puedo atener a que me avise que el tren se acerca en lo oscuro de la noche, cuando es bien sabido que a él tanto el hambre como el sueño nunca le han faltado?

Así llegaron con su carga a la estación de Compostela, y se quedaron recostados cerca del terraplén de las vías, que al fin para el que es pobre nunca le ha de faltar la idea de que, siendo de ruidoso como es, un tren es fácilmente detectable cuando se acerca entre el traqueteo de los rieles, el chirrido de los frenos y el fragoroso rugir de los nuevos motores Diesel...

Así que, acomodadas sus monturas como colchón y almohada, pensaba el joven en la necesidad de hacerse de un buen reloj, para poder saber a deshoras de la noche el tiempo transcurrido, y estar presto a la llegada del tren, no fuera a ser que el jefe Ceceña lo ignorara, y perdieran la oportunidad de mandar su carbón a la capital. Por eso algunas veces había revisado con un brillo especial aquel moderno Elgin de ferrocarrilero que le ofrecían en pagos cada vez que andaba en el mercado de Compostela. -¡Ya saldrá para comprarlo, de alguna manera le habremos de hacer!- pero su hermano ya no lo escuchó, y recibió, en cambio, en la oscuridad de la noche, sólo un fuerte y estertóreo ronquido de su parte. Vio por última vez la cúpula celeste clavada de estrellas, tocó nuevo el riel que le servía casi de cabecera, y se quedó dormido...

-Este no está muerto, está sólo dormido.

-Despiértalo- dijo Ceceña-¿Tú viste a qué horas llegaron anoche?



-Busquen a Melquiades, a lo mejor anda por ahí, tratando de buscar ayuda, aunque no parece que pueda remediarse nada. Tú, ándale, arráncate por el Ministerio Público o por el Jefe de Policía de Compostela, pero fíjate si por el camino logras ver a Melquiades, que se haya quedado a encerrar los burros en algún potrero...

En los años setenta conocí al carbonero, ya cuando los carros del gas lo habían reducido casi a la nada, sumido para siempre en aquel retiro involuntario. Su afición por e radio jamás había disminuido y pasaba mandando cartas a la estación local para que le pusieran de la manera más frecuentemente posible aquella canción que decía *Estás Quemando Petrólio*, aunque era *La Serpentina* la que más le hacía brillar sus ojos tristes.

-Sí, era un azogue.

Y este cabrón, se quedó dormido ¿Quién iba a decir que eso fue lo que lo salvó?

Porque de que despertó el otro, despertó, sólo que cuando ya el tren estaba encima de ellos, y en el intento por enderezarse hizo que los fierros le pegaran con tanta fuerza que salió despedido por el terraplén cuesta abajo, y allá lo fuimos a recoger con las colas de zorra y los abrojos entre los cabellos, con la cabeza casi separada del resto del cuerpo.

¿Oiga, por qué a veces ser medio pendejo le ayuda a uno a vivir más que a los otros que no lo son tanto?

¿No ve cómo éste ni siquiera se dio cuenta de lo solos que quedamos cuando murió su hermano, y de que yo me quedé, de plano, sin mi brazo derecho?

El aludido ni se dio por enterado. Más bien, como que los rieles de la vía tendida a lo largo del valle de Compostela le hacían recordar allá, muy a lo lejos, la llegada del tren siguiente, al que jamás podría subir, en su lucha por encontrar al compañero que se le había extraviado en el viaje aquel en el que hacía años, ni siquiera habían podido emprender juntos.

## Resolver desde el origen

Esta es, quizá, la más extraña de las historias de la presente colección. Y la razón es que, al leerla, el lector no va a encontrar razón para sentir tristeza, sino todo lo contrario...

A uno de mis hermanos le daban frecuentes dolores de cabeza cuando fuimos jóvenes. El origen de su malestar no fue nunca descubierto, y a la fecha no falta algún miembro de la familia que todavía repite que quizá era un pretexto de su parte para evadir las frecuentes tareas encomendadas por nuestros padres. Yo, la verdad, creo que el mencionado dolor sí existía, pero cuando nos estábamos divirtiendo como sea se lo aguantaba, pero su efecto se multiplicaba cuando nos asignaban algo por hacer que, aparte de repentino, fuera a todas luces molesto, pues es fama que el trabajo asignado repentinamente, casi siempre provoca en quien lo debe de realizar contrariedad y en cierto modo, hasta corajito...

De esa manera, un viernes en la tarde estábamos en nuestro rancho de regreso de pasar la semana en la escuela en Tepic. El arroyo ya había crecido de manera suficiente y teníamos planeado pasar el día siguiente brincando de charco en charco hasta que se nos asignara algo por hacer, lo que veíamos poco probable pues desde el día anterior una lluvia de esas de las que se llaman moja pendejos nos ponía a todos de un excelente e inigualable buen humor, por lo cual fuimos a la casa de unos primos para ver si uníamos esfuerzos al día siguiente en aquello de pasar todo el día en el arroyo del pueblo. Mi tío salió a recibirnos, y nosotros, haciendo de tripas corazón nos aprestamos a congraciarnos con él para obtener su permiso, lo cual de entrada no era difícil, pues lo encontramos de excelente humor.

No obstante lo anterior, mi hermano parecía disminuido en su ánimo, merced al mencionado y persistente dolor de cabeza que no lo dejaba ni por un instante desde la hora de la comida.

Mi tío, al saber el motivo, de manera más que acomedida se asomó hacia el interior de su casa y le suelta el grito a su esposa:

-¡A ver, Manuela, mándame una de esas pastillitas pal dolor de cabeza!

Y mi tía más que diligentemente mandó a uno de mis primos con tremendo vaso de agua y la cartera completa de pastillas, con la recomendación de que si no era suficiente con una sola, se podía tomar de a dos para combatir tan molesto flagelo de la migraña aquella que no dejaba a mi tío llevar una vida normal.

¡Desde que me tomo estas pastillitas se me quita el dolor de cabeza como con la mano! –Dijo mi tío- ¡Nunca me había encontrado una medicina tan buena como ésta que le dieron a mi señora en el Seguro! ¿Verdad, Manuela, que no hay como estas pastillas para esos dolores de cabeza que ya no se me calmaban ni con los güevos de pata que nos mandaba mi comadre Nacha?

Ni lo dudes-contestó mi tía- que si quieres, échate de una vez dos, ya ves que al cabo tengo pastillas de sobra.

¿Verdad, mujer, que tienes varias cajas guardadas en el ropero? No, si quieres, hasta la carterita te llevas, pa que las consigas en cualquier farmacia y ya no le batalles ni con el nombre...

Oiga, ahora sí creo que se han equivocado de carterita, pues me mandaron los anti conceptivos de mi tía-dijo mi hermano--No, qué anti corrosivos ni que la chingada, te digo que esas son las pastillitas pa la jaqueca- ¿Verdad, Manuela, que esas son las pastillas pal dolor de cabeza? ¡Claro! -Contesta mi tía de manera más que solícita- ¡Y échate dos de una vez, pa que puedas dormir a gusto!

-Le digo, tío, que el Norgestreel es un anticonceptivo, no un analgésico -dijo mi hermano rechazando la medicina junto con el vaso de agua, haciendo gala, me supongo, de un curso básico de veterinaria que la CONASUPO había ofrecido en la ciudad de Compostela en semanas anteriores...

-¡Mire nomás, que la flechita esa que indica por todo alrededor del *blíster* 1,2,3,4... ya mero llega hasta el 30, ¡Ah, bárbaro! ¡Aquí de veras que le han tupido al medicamento!-

-¡Pérate, pérate, pérate tantito!-Dijo mi tío, parando el índice como si de un dedazo intentara despanzurrar el cielo y descolgar en uno solo intento todas las cortes celestiales-¡Qué dices que es esta chingadera! ¿Eso que dices es lo que se usa pa no tener chiquillos? Se le iluminó la cara, como si de pronto entendiera el engaño en el que lo había tenido la tía por tanto tiempo.

-¡Hija de toda tu rechingadamadre!- (eso era, más o menos, una expresión de amor apache, me supongo, porque yo la escuchaba con demasiada frecuencia y familiaridad entre los viejos de aquellos tiempos) entonces entra mi tío a su casa, ya convertido en mucho más que el famoso dios Eolo por aquello del remolino en el cual su furia ya lo había, para ese rato, transformado...

Nosotros nomás nos vimos, y quedamos con la incertidumbre de irnos o de esperarnos a las aclaraciones, o a ver en qué acababa el pleito que, ya teniendo como arena la cocina de mis tíos, se antojaba de pronóstico...

Pero como siempre, de alguna manera, sale disparada la tía haciendo gala de dotes hasta de felino, por la ventana abierta de uno de los oscuros cuartos de



la casa, con una agilidad tal, que todavía se dio oportunidad para devolverse y reclamarnos:

-¡Muchachos jijos de la chingada! ¿Pues qué le han dicho a su tío?

Pues nada, -le contestamos- que las pastillas que le mandó no son para el dolor de cabeza, sino para no tener niños...

-Pues sí, ¿Luego no ven que ya no hallo qué hacer con los once que tenemos, y ahí está él con que no se quiere hacer ni una lucha, y a la que se la está llevando la chingada es a uno!

-Pues sí, tía, pero las pastillas no eran para él, sino para usted, nomás era suficiente con que se las estuviera tomando como le han de haber explicado los doctores en el Seguro Social.

-¡Cómo jijos de la chingada van a ser para la mujer, si es el hombre el que hace el daño!-argumentaba airadamente la tía.

-¡Ahijo de su rechingada madre, ahora sí que la regué, y ya le he estado sambutiendo carteras de esas, no me digas que eran para mí, no me digas...! ¡Ni atención le puse al méndigo mediquillo, porque yo estaba bien segura de que al que había de controlar era al hombre! pues entonces, ¿En qué chingados estaba pensando cuando se me ha ocurrido la idea de dárselas cada vez que le dolía la cabeza? Pero no, no había otra forma de dárselas a tomar ¡Ay, Dios mío! ¡Ay Dios mío! Y desapareció detrás de una barda de adobes a medio destruir, en el solar vecino...

Sobra decir que no faltará quién se pregunte la extraña razón por la cual esta historia se encuentra en la presente colección, pues tengo la certeza de que ésta lo ha hecho reír desde el principio hasta el final de la misma.

Como nota aclaratoria he de dejar asentada la cara con la que vi a mi tío como a las dos semanas del lance que les he relatado.

-Vengo del Seguro de Las Varas, ora estoy yendo a ver si me dan alguna medicina siquiera pa que se me bajen tantito estas méndigas chichis, -me dijo muy tristecillo, señalándose eso que ya en los tiempos modernos se ha conocido más popularmente como las famosas *bubis*.

-No hay nada perdido, tío, aquí el problema se puede resolver, según nuestro muy humilde entender, comprando algún primoroso brassiere doble copa la próxima vez que venga la barata al rancho.

-Eso nomás me faltaba de su parte, ´ora que tengo este problemón encima, servirles de diversión a ustedes dos, parecito de jijos de toda la rechingada...



## Aires de modernidad ...y muerte

La vida en el campo es muy dura. Es tan dura, que la gente parece constantemente sumergida como en una pesadilla en la cual todo se instaura en su contra. Por eso, todo parece impedir que la gente realice sus iniciativas cabalmente, por lo cual es muy frecuente el uso de frases como: ya casi hacía esto, si no hubiera sido por tal cosa yo hubiera logrado aquello, o de plano, la amenaza que dudo mucho que llegue a promesa de que a ver si el año que entra, eso lo dejamos pa en liquidaciones, etc.

Por lo anterior, el irse pa'l norte en los años 70 trajo tiempos nuevos a los pueblos de la costa. Yo recuerdo las clases de inglés que acompañaban a nuestros candidatos a migrantes, y cómo se preparaban para la aventura de cruzar la frontera americana: «si un gringo te dice unas borucas tú nomás te le quedas viendo y le dices ¡guap!, eso nunca falla».

Otro amigo aconsejaba sus primeras notas introductorias en la cultura norteamericana y al idioma inglés a partir de aprenderse las marcas más populares de cerveza, como Coors y Budweiser, a la vez que, recostado en un montículo después de comer, insistía en la necesidad de practicar hasta el cansancio el binomio mencionado de manera tan simple y llana como *Cúrs* y *Guargüéiser*, mientras que los demás trataban de repetirlo, atragantándose con los tacos de frijoles que todavía se estaban administrando, pues la mayoría de ellos todavía no terminaban de comer sus sagrados alimentos de mediodía, lo que nunca se vio exento de un que otro cabrón que se anduviera ahogando a media clase...

De esa manera, de pronto nos vimos invadidos del *gua chu mara ma yu*, *sana ba bichi* y el inolvidable *sana ba bá*, mientras que se exageraba de lo altamente valorados que eran los mexicanos en términos sexuales del otro lado de la frontera, pues se aseguraba que parvadas de gringas fogosas iban a los ranchos donde había mexicanos en abundancia para que dieran muestra de sus artes amatorios, y no faltaba quien diera testimonio de aquéllos que, en el extremo del delirio, hasta huyeran de mujeres al borde del suicidio si no lograban asegurar para sí, y para siempre, al irrenunciable mancebo...

La posibilidad de acceder a riquezas legendarias creció como la espuma. De esa forma, aumentaba su poder pirético aquello de que cualquiera mencionaba haber comprado un carro con el pago de 15 días de trabajo, mientras que no faltó uno de

mis tíos que en el extremo de la felicidad me dijera que su hijo Sotero ya tenía, en Los Angeles, siete radios, y hasta abundaban aquellos que aseguraban haber saltado la barrera idiomática pues ya *totachiaban* con los gringos, mientras que no faltaba quién suspiraba tristemente porque, por falta de papeles, no se había podido traer su carro de marca incomprensible, y hubo quien hasta volvió al pueblo con una gringa a su lado, de estatura y volumen tales que merecía más compasión que envidia, montados en un carro de modelo atrasado, que a los pocos meses lo podía uno ver pudriéndose bajo las ramas de algún pinche mango, pues su operación era tan costosa que prácticamente lo tenían que traer jalando una pipa de gasolina que le diera abasto al motor tan sediento con el que los cabrones gringos lo habían dotado. No obstante lo anterior, no falta en la actualidad quién, parado ante los desechos mencionados, suene el costado del carro, le dé uno que otro apalanconcillo a las láminas abolladas y asegure con aires más que de autosuficiencia, mordiendo la *bachichona* del cigarro con los dientes: -es de cuando todavía los hacían con lámina *guresa*-...

Si a esto todavía le agregamos la máxima de que nuestro gallo nunca está pespelaco, todavía no deja de impresionarme eso de que al vender un carro viejo, uno de jodido quiere lograr tres cosas con lo obtenido.

Primero: comprar un carro mejor que el que acabamos de vender, segundo: pagar las deudas acumuladas en los últimos meses, y tercero: guardar unos centavillos por lo que el tiempo encoja más adelante, y nunca deja de ser sorprendente que alguien que trae como vehículo un verdadero arnero, se baje con un cigarro en la boca, suene los costados del mencionado bólido, le amalice los alambres con los que sostiene el guardafangos y todavía se dé tiempo para exclamar, absolutamente arrobado de satisfacción: -pero lo traigo bien enllantado y trae un maquinón ...

Al mismo tiempo, nos hemos catapultado hacia la sociedad global a punta de nombres como Johanna, Justine, Brigitte o Dennise, de los que aprovechamos el poder de conjuro proveniente del idioma inglés, mientras evadimos, muy al estilo de La Malinche, sus originales del castellano, habiendo pasado desde los setenteros Rebeca y René, que pusieron de moda las películas de zoquetes tan superficiales y vacíos como Mauricio Garcés, hasta aterrizar en los modernos Jonathan Alexis o Kevin Christian Alexander, aunque el muchacho cabrón no pase de parecer un verdadero tilcuatillo arroyero...

Todo lo anterior no tendría mayor trascendencia si las idas pa'l norte no hubieran dejado en los pueblos de la costa su lado negativo. Todavía recuerdo el muchacho aquél de Mazatán que murió por aspirar humo en la cajuela en la que lo metieron, tratando de pasar por Tijuana hacia los Estados Unidos, o de aquellos que en los

meses de invierno han muerto por accidente de carro en su intento por cruzar la frontera; los que se han matado por problemas y pleitos que se dan en los pueblos de California y Oregon, o los que esperan, presos en las cárceles federales norteamericanas, por haberse involucrado en el tráfico de drogas, el día en que los liberen para poder regresar con sus familias en México.

Por mi parte, lamento mucho el caso de mi primo que a una edad no mayor de los 20 años murió en Oregon, y de mi sobrino, el hijo de su hermana, que abandonó la posibilidad de seguir estudiando, y a los días de haber salido de la secundaria dejó el pueblo sólo para que lo fueran a traer a los pocos días, muerto de deshidratación en el desierto de Arizona. De esta manera, he decidido escribir estas líneas con el único fin de rendir un silencioso homenaje a aquellos que, en busca de trabajo, dejaron sus pueblos para ir a encontrar sólo la muerte en suelo americano. Y lo hago con la fuerza misma de la impresión de ver la caja en la que los envían llena de sellos extraños, los trámites interminables que hay que cumplir para traerlos, la barba crecida con la que siempre llegan, y el olor inolvidable de las flores y las velas con las que son recibidos en la humilde casa de la que a final de cuentas, en medio de tanta tristeza, migran de esta vida, y para siempre...



## ¿Por qué son así las ingratas?

Las barbas de las correas de mis huaraches fueron cortadas el día anterior. El día siguiente era especial. El lunes iba a la escuela por primera vez, y el asunto requería cambios que me pusieran a la altura de mis nuevas circunstancias, pues dejaba de andar como salvaje suelto para sujetarme a las reglas a las que se somete, en general, todo escolapio.

-¡Ah, cabrón, a partir de mañana vas a estar en parvulito!- Dijo mi hermano mayor, quien ya iba a la secundaria por cooperación que en la misma escuela era atendida por la tarde, por los mismos maestros que en la primaria nos atendían, entre los que resaltaban el maestro Acebo y la maestra Luz.

El lunes fue especial para mí. Desde temprano me habían dado mis mejores galas. Una camiseta de cuichito, con su fondo amarillo y sus rayas negras atravesadas se complementaba con un pantalón de tela sintética, de aquellas telas con nombres raros que abundaban entonces, y que no eran otra cosa que petróleo convertido en plástico para uso textil, de las que fue su máxima expresión la famosa terlenka, invento del diablo que te cargaba sudoroso en las tierras de la costa, y molesto por lo rasposo que era, la que pronto pusieron de moda, por sus colores chillantes, los mariguanillos con aspiraciones de hippie, que ya comenzaban a hacerse presentes en la vida social de Las Varas...

El problema fueron las trusas ¡No sirven, no las quiero!-Le dije a mi madre con aire doctoral- ¿No ves que te han engañado, o por descuido no notaste el mal disimulado agujero que tienen al frente? -Definitivamente, me niego a usarlas hasta que te den unas que no tengan tan evidente defecto, ¡Y no me importa si porque te las fiaron habías de haberte quedado callada al respecto, pero yo, esas trusas no las quiero, no las quiero y no las quiero!...

La cantaleta se resolvió ante el tendedero del corral, en el que se hizo cabal demostración de que el mencionado agujero estaba presente hasta en las trusas de mi padre, y mi padre era todo, menos tonto...

Anda con don Mauricio Massa, llévate la libretita del fiado para que te apunte una libreta de las que dicen Juanito va a la escuela, y un lapicito de esos de los que tienen el borrador pegado con cartoncillo azul, de los de a diez centavos- me dijo mi mamá el lunes temprano, hora en la que ya estaba yo orondamente ataviado con las galas que les he descrito, y que en alguna tienda del pueblo le habían fiado el fin de semana anterior-. Qué bueno que no son blancas-dijo mi madre-que si lo fueran, habías de parecer mosca en vaso de leche.

Y ahí voy, ya convertido en veloz saeta por aquello de la prisa y la emoción, que no todos los días entra uno por primera vez a la escuela...

Como todo lunes, los honores eran obligados en el patio de la escuela más grande del pueblo, la que está enfrente de la plaza principal. Ahí, los de primer año fuimos formados como todos los grupos, una fila de hombres y otra de mujeres, habiéndome quedado para el lado de donde sale el sol, la fila de las niñas de mi salón, las que, a contra luz, podía distinguir en medio de murmullos, un mayor sentido del orden y la simetría de la fila en la que estaban, mientras que la de nosotros, bárbaros como éramos, se hacía bola en varias partes, y ahí andaba la maestra tratando de ponernos en simétrica armonía. -¡Ay!, -La oí decir en algún momento- ¡Creo que mejor le voy a pedir al maestro Arsenio que me los venga a ordenar!- Y todos volteamos a ver el orden y pulcritud de la fila de quinto año, mientras que el mencionado maestro estaba al frente muy gracioso, mostrando a todos los milagros que podía hacer su descomunal regla de un metro, con la que había logrado tan evidentes efectos disciplinarios...

Rosita era la niña más hermosa de mi barrio, y creo firmemente y sin exagerar, que de Las Varas, también. Al menos así me lo parecía. Varias veces había aparecido en mis sueños infantiles entrecerrando sus ojos y, arrobada de amor, me había confesado la desesperación que le provocaba la distancia que nos separaba, que no excedía de la cuadra y media a la que vivíamos uno del otro, pero la distancia social era la que más pesaba, pues el padre de Rosita era señor de dinero y de vaquitas, mientras que en mi casa, desde que yo tenía uso de razón se respiraba por todos lados la jodidez y la pobreza.

No obstante lo anterior, en mis fantasías infantiles la declaraba mi novia aunque de eso ella, naturalmente, nunca supo, y así hube de vivir con el consuelo de saber que me correspondía, o al menos, la veía llorar desesperada ante mi tumba, pues merced a sus disimulos parecía en el desamparo y la soledad a la que sus desprecios cotidianos me condenaban, y al llorar arrepentida, me pedía perdón por su mal proceder hacia mi persona, más al habérselo yo concedido, llegaba siempre a la misma y desesperante conclusión: ¡Y de qué cabrones me sirve que me haya pedido perdón, si ya estoy muerto! Por lo cual, borraba en mi mente todo lo que hoy les he contado, mientras oía de mi papá el atronador reclamo: -Ya días que te quedas nomás mirando como pendejo, en lugar de comerte los tacos de frijoles que traemos en el lonche, antes de que se enfríen, para seguir trabajando hasta que se oscurezca el mundo-

Era sólo entonces que volvía a la realidad, y de qué atropellada manera...

Por eso no podía creer que a unos pasos de mí, en la fila de las niñas de primer año estaba Rosita, con un vestidito blanco combinado con unos primorosos encajes color de rosa, unos zapatitos de piel cuidadosamente blanqueados con *apresto*, unas mediecitas simétricamente dobladas de medio tobillo para abajo, y un peinado que incluía unos roles color de oro que, en cascada, le cubrían hasta el cuello del vestido.

Quedé absorto. Respiré hondo, mientras ejercía mi liderazgo socarrón en la desorganizada fila, y repartiendo unos coscorriones aquí, unos empujones allá y una que otra patada en la espinilla más allá, siempre cuidando no ir a importunar a algún adelantado peor que yo que me hiciera llegar a pasar un mal rato, logré que quedáramos exactamente el uno al lado del otro.

Rosita- le dije-, al tiempo que inflaba el pechillo, me alzaba cuan largo era, entornaba los ojillos y dulcificaba lo más que podía mi de por sí socarrona voz...

La muchacha ni me contestó. Como que ya había yo constatado con anterioridad la antipatía que le inspiraba, por lo que sólo se limitó a repetirme la dosis esa mañana tan especial y tan bonita de los primeros días de septiembre. Así, me barrió con su desprecio, entrecerró sus tiernos ojos y, error fatal, se volteó para el lugar en el que el sol ya comenzaba su loca carrera hacia el cenit, para asomarse en destellos de oro que exageraron aún más, las extrañas tonalidades doradas de sus rubios caireles...

¡Rosita! -Le repetí-, y en el momento en que ya furiosa, ella volteaba para hacerme patente su desatino, me le prendí del cuello, la jalé hacia mí, le planté, entre estrujones y resistencias de su parte, un beso furtivo que le dejó embarrados de mocos su pómulo y mejilla, mientras luchaba por quitarse de encima mis manos, que la tenían en tan comprometida situación.

Total, al soltarla, yo mismo no sabía qué hacer. Pensé que una vez cometida mi fechoría su padre iba a llegar a la conclusión de que la única manera de lavar la afrenta era uniéndonos en sagrado matrimonio, lo que resultaría para mí en la mayor de las fortunas. Me vi buscando un lugar en la cama en que dormía con mis hermanos, una torta de cabrones en la que a menudo los dedos del pie de uno de nosotros quedaban en calidad de chupón de otro de los hijos de mi madre... ¡Órale, cabrones, háganme un campo pa' que también quepa Rosita!, ¿No ven que ha sido ya dispuesto el sagrado enlace entre estas dos almas inocentes, presas del amor y del deseo?

Evoqué mi imagen parado en un tejabán, nido en el que nuestro amor crecía, bendecido por aquellos designios de Dios. Acomodaba en una jaba melonera una media docena de chiquillos, unos igualitos a ella, y otros parecidos a mí, pero en pequeño, entre retazos de tela y trapos viejos.



Más la furia de Rosita ya se hacía presente en forma peor que los remolinos del huracán recientemente sufrido por todos en Las Varas, sólo que su furia en este caso era completamente dirigida hacia mi humilde persona.

Me tumbó de las greñas, me puso unas patadas tan certeras en la cara, en las costillas y en la panza, que hubo un rato en el cual, aquella risa nerviosa que exhibía mi rostro mientras le tronaba el beso dejó casi salir el más fuerte y desesperado grito de dolor.

No obstante lo anterior, me arrastró desde donde estábamos y con inusitada fuerza me remolcó hasta el frente, me aventó hasta los bigotes mismos del maestro Acebo, que en su papel de Director, entonaba ya las primeras coplas del himno nacional:

*Mexicanos al grito de guerra  
el acero aprestad y el bridón...*

De nada sirvió su mirada sorprendida, ante la cual, y para asombro de todos y de mí en lo particular, la agraviada todavía se dio tiempo para asestarme otro par de patadas con la endiablada puntería que les he comentado, lo que me permitió hasta verificar, por el fierrito circular que tenían sus zapatitos a media suela, que se trataba de aquellos tan famosos zapatos Canada, que ya para entonces le habían dado legendaria fama a la ciudad de Guadalajara, por su tradición zapatera...

Me levanté como pude, y todo desvencijado me dirigí hasta donde había realizado mi fechoría, no sin antes tener la precaución de guardar prudente distancia de la famosa Rosita, no fuera a llegar a la conclusión de que el tratamiento no había resultado lo suficientemente efectivo, y se aprestara a asegurarme la dosis, a la manera de como se administran las vacunas, lo que me hubiera hecho soltar el llanto que ya ratito, honestamente, me estaba aguantando, pero con demasiada dificultad.

Hubo un momento en que llegué a la conclusión de que de plano, esas cosas del amor, resultaban en verdad, ser cosas complicadas e incomprensibles, al menos, en lo que a mí respectaba, ya a esas alturas. Pero faltaba lo peor...

Me reintegré a mi lugar, y traté por todos los medios de mostrar que el incidente no había comprometido, para nada, mi habitual compostura.

Más bien, como que hasta evitaba la tentación de tocarme aquellas partes que, por doloridas, ardorosas o entumidas clamaban de mi auxilio y mi prestancia.

De llorar, nada.

Hice gala de estoicismo y resistencia, mientras miraba alrededor con aire de perdonavidas.

Total, la tal Rosita encarnaba ya para ese rato, el alma insensible que en las pláticas tenidas por buenas con los adultos de mi rancho, endilgaban a los que tenían dinero.

La condené entonces al olvido y al desaire, jurándome que a la mayor brevedad buscaría alguna de mi clase, pues los excesos cometidos contra mí no equiparaban para nada el amor que había tratado de expresarle.

De los mocos, pues en fin, bien los podía haber interpretado como pilón de mi parte. Total, eso de meterse uno a tratar de conquistar mujeres de la alta sociedad rural...

Algo faltaba en mi sobaco. Pero ¿qué era? Ya hasta olvidadizo había quedado por la zarabanda. ¿Pues qué carajos me hacía falta bajo el brazo, elemental el primer día de la escuela?

Nada.

Pero entonces, ¿De dónde salía aquella creciente sensación de vacío en el corazón, si no era provocada por la pérdida de la tal Rosita?

Nada...

De pronto el alma se me fue a los talones, mientras que sentía que el corazón se me cambiaba de domicilio hasta las sienas...fragmentos de la pasta roja de mi libretita andaban entre los pies de mis compañeros, que ya comenzaban a marchar hacia sus respectivos salones. Mi lápiz, hecho pedazos junto con la bolsa de plástico en la que me lo había acomodado don Mauricio con aquella libretita de pastas rojas. Todavía alcancé a recoger algunos pedazos de ella, mientras que la tal Rosita volteaba y me miraba con el mayor de los desprecios, entornando los ojos peor que Marga López en la película aquella tan famosa de *doña Macabra*...

Estaba mi mamá acabando de tortear, cuando llegué a la casa contándole las perversiones de mis compañeros, a quienes responsabilicé de la destrucción de mis útiles.

Por lo anterior, me agarró de la mano, tomó de nuevo la libretita del fiado, y de paso con don Mauricio repetimos la adquisición, habiendo él de nuevo acomodado con tanto cariño el lapicito y la libreta de cartoncillo rojo en la moderna bolsa de plástico que resultaba en aquellos tiempos toda una novedad.

En el salón me incorporé al grupo no sin antes recibir de mi madre otra sarta de desgreñones, estos últimos ya aplicados, me imagino, en calidad de profilaxis,

dado que la maestra le explicó las verdaderas circunstancias en las que había perdido mis pertenencias esa mañana.

-Y llegando a la casa te agarras, porque allá no te escapas de que te ponga otra de perro bailarín, para que se te quite lo adelantadito, facultativo y pendejo-dijo mi madre, más que avergonzada por la conducta de su cachorro-.

---



Afortunadamente el asunto cayó al olvido. Nunca me volvieron a mover el tema, pero los chichones, soles y moretes que me había propinado la ingrata duraron al menos dos semanas para desaparecer por completo.

-¡Dos veces treinta centavos, don Mauricio, y seguiditos!-Dijo mi madre-  
¡Pues qué fue, que no me acuerdo!- Del primer día de clases, Doña, ¿No vinieron dos veces por los útiles para que el Sapito fuera a la escuela?-

-Híjole, don Mauricio, si le platicara lo que le hizo este méndigo a la hija de don Manuel. Ni me acuerde, que hasta la panza me truena de la vergüenza que me hizo pasar con la maestra-

Yo me hice el desentendido, y por vergüenza, hasta la fecha procuro no cruzarme con Rosita en las calles del pueblo, no vaya a ser que se acuerde de mi tropelía y me reconozca como el atrevido aquél que tuvo la osadía de embarrarle los mocos en su cachetito, aquél memorable primer día de clases de 1971...

# Nuestra propia oveja negra

*...para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura.*

Monterroso, Augusto

Yo estaba muy chiquillo cuando mi mamá me dijo por primera vez que entre mi tío y mi papá tenían un pedazo de tierra en una isla, a la que había que llegar nadando a través de un recodo de estero que separaba la famosa isla de la tierra firme.

Años después, tratando de comprar cocos con las gentes de la playa de las tortugas, mi padre y yo llegamos en camioneta hasta el mismo lugar en el que se acababa la tierra, y tuvimos enfrente el estero de Platanitos. En la orilla opuesta jugaban los niños en el agua baja, y más allá se escuchaba el ruido de los motores fuera de borda con los que los lancheros hacían el servicio entre la playa y el embarcadero de platanitos, saliendo precisamente por la boca a través de la cual el estero llega al mar, allá por el rumbo de la punta Custodio.

-Aquí debe ser donde mataron a tu tío Ramón-dijo mi padre- mientras ponía una rodilla en el suelo y recogía, sobrecogido, puños de esa arena mezclada con tierra negra de la que tiene la playa junto al estero, como buscando en vano la huella del hermano aquél que había perdido en ese lugar 20 años antes.

-No lo debí de haber dejado solo-agregó- el hombre solo es por naturaleza el que más expuesto está a las acechanzas y estupideces que se dan en estos pueblos, porque simplemente está cortado del resto de su familia; eso lo convierte en el eslabón más débil de la cadena de brutalidades que imponen los idiotas que se sienten dueños de aquello que sucede o deja de suceder a sus alrededores...

Mi tío Ramón era un hombre excepcional, según me platicaban aquellos que lo conocieron, porque yo tenía cuatro años cuando lo trajeron en una camioneta de redilas desde Platanitos. Lo habían matado en la mañana y llegaron con él como a las cinco de la tarde. Recuerdo que el vehículo traía cadenas en el rodado trasero, y estaba tan enlodado, que a duras penas había podido llegar a mi pueblo por los lodazales en los que los caminos de la costa se convertían en cada temporada de lluvias.

En la casa de mi abuela estuvo el féretro a media pieza, rodeado de las flores que ella había cortado muy temprano entre las siempre abundantes plantas de su huerta. Ella no lloró, y sólo años después me confesó la razón por la que no lloraba en los velorios:

-Ya no puedo llorar porque desde que murió tu abuelo se me secaron las lágrimas, de tanta tristeza-

Al día siguiente, antes de llevarlo al panteón, me levantó mi padre para que viera a mi tío en el fondo de la caja. En ese espacio fugaz, quedó atrapada en mí la imagen de una cara que jamás he completado, porque su pómulo y su boca habían desaparecido por el balazo que, entrando por la nuca, había matado a mi tío en la playa aquella, como a las nueve de la mañana del día anterior...

Mi tío no era de los mayores, pero había jugado casi el papel de padre del menor de la familia, que era mi papá. Fue mi tío quien lo introdujo, siendo casi un niño, en el contrabando de raicilla desde la costa de Congregación, en la costa sur de Jalisco, y que escondían entre los zacatales de la playa de El Naranja, donde mi papá pasaba días tirado de panza, cuidando las damajuanas que una a una, mi tío se iba llevando a vender por los pueblos de la costa. En las noches de luna, se le oía por las veredas de la costa, canturrear alguna canción montado en su mula, mientras llegaba, siempre alegre, a platicar las novedades que en los pueblos, una a una, iba conociendo.

Fue mi tío también el que introdujo a mi papá en las cuestiones de la navegación a vela, fue él quien lo afilió al Partido Comunista en los años 50's, que incursionó en el pequeño comercio vendiendo ropa y medicinas en los ranchos, quien consiguió en la ciudad de México la concesión para llevar el correo por mar desde San Blas hasta Las Peñas, y que terminó en un rotundo fracaso, compensado sólo por la cantidad de amigos que a lo largo de la costa fue haciendo, hasta que, cansado de andar el mundo, decidió asentarse en Platanitos, donde había mirado aquel pedazo de tierra que nadie quería, precisamente porque para llegar había que sortear a diario el paso del estero casi nadando, con el riesgo de ahogarse o terminar devorado por alguno de los caimanes que ahí abundaban.

-Si acaso que te acomodes al otro lado del estero, porque de este lado ya no hay tierra disponible para nadie- le dijeron-. Además, ¿para qué puede servir esa tierra arenosa y salobre en la que lo único que abunda son la navajilla y los abrojos?

Pero Ramón soñaba, -la *copra* debe darse bien en estas tierras arenosas, ya verás ahora que crezcan las palmas que hemos plantado, vamos a tener cocos como dicen que se dan en la costa de Guerrero- y a ese sueño arrastró a mis padres hasta que decidieron devolverse a El Capomo, donde mi abuela reclamaba, hacía años, la presencia de sus hijos.

Pero fue en vano. Mis padres pronto volvieron al cobijo de mi abuela, la que desde un principio les había aclarado que era mejor que mi tío permaneciera a la

distancia, pues en su mente no cabía la terquedad del hijo que le urgía a plantar árboles en lugar de sembrar maíz y calabazas, a comprar algún tractor para hacer más productivos sus esfuerzos, y a tratar de avanzar en los cultivos que parecían ser los más prometedores para la gente de la costa.

Sólo espero-le dijo mi abuela a mi papá- que Ramón no te haya metido la idea esa de que hay que plantar árboles, tanto que nos ha costado desmontar las tierras, que ya parece que vamos a volver a tener otra vez la palizada encima-

Mi papá nomás callaba, al recordar las palabras con las que mi abuela lo había recibido hacía años, mientras lavaba en el arroyo del rancho, las cobijas llenas de sangre con las que habían envuelto a mi tío el día en que lo trajeron muerto desde la playa de Platanitos...

-Mañana voy a madrugar a machetear, por lo que te encargo que me mandes de almorzar como a las nueve-le dijo mi tío a su mujer antes de acostarse-a ver si termino de limpiar el maíz y las últimas palmas que tengo pegadas al manglar-

Era un día soleado y el calor arreciaba. Su hijo llegó desde temprano y lo esperaba, parado, mientras que él daba, desesperado, los últimos machetazos que lo separaban de terminar en ese día la tarea que más le urgía.

-¿Ya viste cómo las palmas de aquella orilla comienzan a tener los primeros racimos de cocos?

Mira cómo se van levantando las palapas por encima de los mangles del estero, cómo pronto vamos a poder vender los primeros cocos de agua, o vamos a poder rajar los cocos secos para llevar la copra a vender, a la jabonera de Compostela

Mi tío se detuvo, mientras que con su sombrero de palma se echaba viento para intentar secar los pequeños ríos de sudor que corrían por su rostro y su pecho descubierto.

De pronto un balazo rasgó el aire, y su sangre salpicó la garganta de su hijo, quien apenas trató de tenerlo en pie. Ambos cayeron a la arena del palmar que había sido la última de las ilusiones de un hombre al que todo había parecido siempre al alcance de su mano y de su esfuerzo.

Mantuvo sus ojos abiertos un momento, y en su postrer adiós, sólo atinó a indicarle con ellos a su hijo que saliera huyendo en dirección segura, mientras que dos hombres se alejaban presurosos por la orilla del estero, al tiempo que uno le reclamaba al otro:

-Te dije que les dieras a los dos, ya ves que después del más grande siguen puras niñas, y el otro hijo es apenas un chiquillo-

Hace unos años tuve la oportunidad de platicar con uno de mis tíos más bravos, a quien le pregunté por qué ellos nunca trataron de matar a los que habían

matado a mi tío, para quedarse con la plantación de palmas que había despertado la codicia de quienes no podían soportar que en aquello que parecía algo inútil, mi tío hubiera hecho algo que se revelaba ya como una actividad por demás prometedora.

-Nadie fue más responsable de la muerte de tu tío que él mismo- me dijo.

-Ni tu abuela lo aguantaba, y a toda la gente la hacía arder de coraje. La verdad, era muy leyista. En Platanitos lo quisieron echar pa'fuera, y él hasta vueltas echaba a Tepic y a México, que dizque porque esos eran terrenos federales, y que andaba allá tramitando una concesión.

La gente no le aguantó. ¿Tú crees que le iban a aguantar a un fuereño que hiciera algo tan bonito en algo que pensaban que era de ellos? Yo no sé, pero como que tu tío se fue a meter allá nomás a despertarles la codicia. Ya ves, lo pronto que se echaron encima de lo que había hecho. La verdad, yo creo que tu padre le atinó con salirse a tiempo, que si no, se los hubieran aventado a los dos, y con justa razón.

Yo me quedé pensando en lo triste que es que un hombre trate de adelantarse a los tiempos en que vive. Si eso pensó su propia familia, ¿Qué no llegarían a pensar los que decidieron matarlo para quedarse con aquello que consideraban suyo por derecho propio?





## Las cruces de Valerio

-El Chaparro está otra vez ardiendo en calentura- dijo mi hermano mayor- tiene días en el galerón de al lado, sin poderse levantar, y sin poder ir a ver al médico. Nada ha comido, y de tomar, sólo le ha dado tragos a un bote de alcohol que le dejaron ahí nomás, mientras se alivia-

Mi padre no contestó. Sólo miró a mi hermano, quien de antemano esperaba que fuera él con el enfermo, le ofreciera algo de comer o al menos, lo tratara de llevar a Las Varas a ver aunque sea a un médico que le pudiera ayudar a salir de aquella infección tan fuerte que en ratos lo hacía hasta delirar.

-Sí- dijo al fin- pero eso es problema de quienes lo dejaron ahí, sin comida ni nada de lo que pueda echar mano ahora que ya de plano ni orinar puede...

-De todas maneras-agregó-cuando estaba aliviado nomás trataba de pelearse con sus propios compañeros, y a Guanajuato hasta unos machetazos le tiró el día en que lo puse a limpiar el lindero, que dizque porque ya sabía que le andaba tratando de ganar los amores de la viejita que trabaja torteando en la fonda de Leonorona.

Nosotros no comprendimos la inusual indolencia de mi padre, al menos, no hasta el día que se murió El Chaparro en el galerón de tabaco aquél en el que lo habían dejado nomás mientras se le pasaban la calentura y los escalofríos...

Valeriano el barillero era de Compostela, y junto con su hermano recorría los ranchos de la costa vendiendo desde un corte de vestido hasta aros para la costura, agujas, hilos y estambres que ponía a manera de muestra en las banquetas de enfrentito de la iglesia, aparte de comprimidos de almidón y bolas de naftalina, que dizque para que no se llenaran de polillas las garras que guardaba la gente en los roperos. Todo mundo lo conocía y era muy notorio cuando aparecía en las manchas blanquecinas del llano de Las Varas, en su ruta hacia El Capomo y los demás ranchos del rumbo. Acostumbraba arrear sus burros montado en un caballo que era su principal motivo de orgullo, aparte del revólver negro pavonado que exhibía en su cintura, que contrastaba con el blanco y almidonado calzón de manta que siempre vestía.

Por eso, fue famoso el día en el que Valeriano no alcanzó a llegar a El Capomo, porque lo emboscaron en la parte esa en la que se encajona un poco el camino, antes de desembocar en el siguiente llano, ya tomando rumbo hacia las partes más altas del vallecito en el que vivo.

-¡Que mataron a Valerio antes de llegar al Llano del Viejito!-Se supo casi de inmediato tanto en Las Varas como en El Capomo.

-Y cómo fue a pasar eso, si dicen que hasta comió en casa de Rogeliona antes de juntar sus burros y agarrar con la resolana por el camino del panteón.

Fue así como la región completa perdió a uno de los pilares que mantenían comunicadas a los que vivían en Compostela y Mazatán, con las gentes que comenzaban a abrir las tierras recién repartidas de la costa...

*...Yo ya no pude esperar. La verdad, tardaba mucho en morir. Lo cuidé hasta que perdió la conciencia. Yo ya no me acuerdo si le hice la lucha a sacarle las balas, pero recuerdo que cada vez que resollaba se le levantaban burbujas de sangre en el pecho, y la verdad, llegó la hora en que yo me comencé a desesperar.*

*-Ya andarán los otros en las taunas de Congregación, echando raicilla y gastándose lo que le quitamos al barillero por el camino de El Capomo. El jefe, a lo mejor luciendo en la cintura el revólver pavonado que yo tanto quería para mí.*

*Voy a irme a Chacala a ver si encuentro gente que vaya por el rumbo de Las Peñas, de ahí como sea, por tierra o por mar, los alcanzo, no le hace que tenga que cruzar aunque sea a pie los pinares de El Tuito, a ver si puedo convencerlo de que a mí me toque la pistola de Valerio, antes de que la venda o de que la vaya a perder en una mano de baraja.*

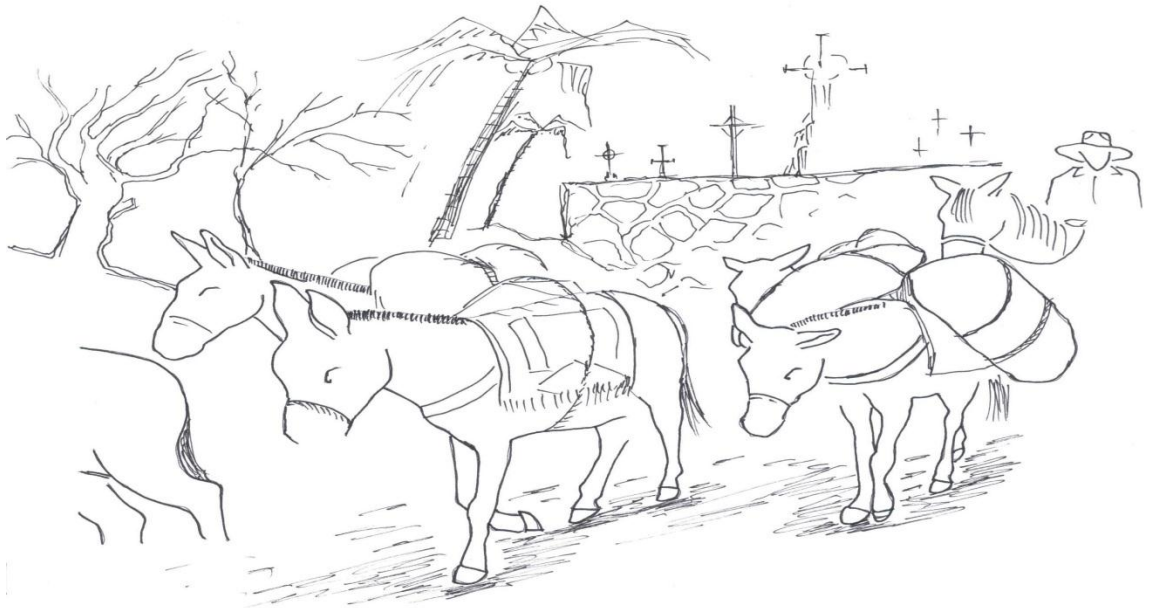
*Yo no sé por qué me le antojé yo, que dizque pa que cuidara a este cabrón hasta que se muriera o se aliviara. En mala hora se le ocurrió ponerse en el paderoncito de enfrente a la mera hora en la que el arriero entraba en esa parte del camino donde lo esperamos para poderlo asaltar sin tantas complicaciones. Tampoco supe quién fue el pendejo que de repente comenzó a disparar, porque el arriero no fue. Yo mismo le quité la pistola cuando ya estaba en el suelo, y se vio clarito que ni la alcanzó a sacar. Por eso no entendí por qué se puso tan fea la balacera, que hubo un rato en el que claro noté que ya nomás nos estábamos tirando entre nosotros. La suerte fue que a mí ni un balazo me dieron, pero mira nomás a este pendejo. Lo dejaron como coladera. Yo no sé, pero yo ya no me espero, y mañana temprano resuelvo eso de que se muere o se revive, pero yo me arranco temprano a Chacala, a buscar alguna canoa que vaya con el rumbo de Las Peñas o de una vez, hasta la costa de Chimo...*

Fue así, como la luna iluminó, escarbando, al cuidandero del baleado en el asalto a Valeriano, el barillero que venía regularmente desde Compostela, y que a veces iba a retumbar, cruzando el río Ameca, hasta el puerto de Las Peñas, poniendo su tendido de mercancías en las banquetas de las iglesias de los pueblos y los ranchos de la costa...

-A los días fui a ver el lugar donde asaltaron a Valerio-dijo mi padre- todavía se notaban mechones de cabello y astillas de hueso que quedaron regados en el

suelo, de tantos balazos que les dieron. Nunca supe si los llevaron a Compostela, pero yo creo que sí, porque fue su familia la que vino a poner las cruces de él y de su hermano, en el lugar donde ahora las ven, y que desde entonces se conoce como Las cruces de Valerio.

De lo del Chaparro yo ya lo sabía, por eso trataba tanto de que ustedes no se le acercaran. Yo siempre supe que era una bestia. Después de haber sido toda su vida esbirro de Maisterrena, al desbaratarse la hacienda de algo tenía que vivir, y se dedicó a asaltar en los caminos junto con gente que venía de la otra costa. Por eso nunca me vieron preocuparme cuando ya se puso grave. Solo y enfermo, él tuvo que sufrir el castigo que en esta vida, todo mundo debe de enfrentar, por las malas acciones de cuando era joven.



Fue por eso que en nada sentía yo obligación de ayudarlo. La verdad, yo lo odiaba, y me causaba repugnancia desde el día que supe que fue él al que dejaron cuidando, entre el monte, a su compañero herido.

Fue él mismo quien me contó, a los años, cómo, desesperado ya porque el otro tardaba en morirse, entre la noche cavó una zanja bajita, y al otro día, antes de marcharse a Chacala, con el mismo talache con el que había escarbado le desbarató la cabeza, lo acomodó en la zanja, le echó un poco de tierra y ramas, y lo dejó ahí a que se lo comieran los animales del monte. Todavía se dio tiempo para presumirme, muy tranquilo, la pistola de Valerio.

-Mira, Chico, esta pistola tan bonita me costó nomás dos muertos...bueno, más bien tres, más bien tres...

-Eso ahora que se ha muerto por fin, se los puedo contar yo a ustedes, mis hijos, para que no piensen que con sólo llegar a ser viejito, alguien puede esconder el hecho de haber sido toda su vida, un verdadero jijo de toda la re chingada...

## Y ultimadamente ¿qué es el amor?

Del amor creo que es muy poco lo que puedo decir. Y me reservo la opinión porque si me envalentono y la expreso, he de caer en la irreverencia o en el pendejismo, o de plano, en lo ridículo. Yo la verdad no sé qué es eso. ¿Habrá sido amor lo que determinó la fundación de mi familia, cuando mi papá, a quién sus intenciones de terminar su primaria a los 17 años lo llevaron a Tepic con sus sobrinos, quienes en la malicia de tener un tío medio maneado le dijeron: órale, tío, ahí viene la muchacha bonita, acompáñela a las siete esquinas?

Y ahí va él, sin articular palabra, en el momento en el que mi abuelo pasaba en su inseparable bicicleta y le decía a mi mamá:-de veras que tú no tienes vergüenza, ahí te espero en la casa- y al día siguiente, estando contabilizándole los moretes y chichones que le había provocado el tratamiento que tan generosamente le habían aplicado a garrotazo limpio, vuelve a pasar el abuelo y ya nomás le hizo la seña que me imagino que habrá querido decir:- apúrate a llegar a casa, para asegundarte la dosis- así, y por lo persuasivo de la promesa, se puso a llorar la muchacha mientras que mi papá, insuflando lo más que pudo aire a sus pulmones soltó el famoso:-no llores, güerita, si quieres mejor vámonos a mi rancho- y ahí va la mencionada güerita, sin saber que huía de la lumbre nomás para caer a un méndigo brasero...

-Tú, Juan, si es que tienes el valor suficiente, anda y asómate a ver si todavía resuella-dijo mi papá-, sin poder disimular la tristeza que lo invadía.

¡Yo la verdad no quiero ir, ya me estuve asomado por las rendijas del enjarre, le di vuelta al chiname de la casa, y sólo alcancé a oír a sus padres que dizque ya nomás estaba agonizando!

No la chingues, Juan, hazme el favor de ir a asomarte a ver si todavía resuella, y te doy un tostón de cobre- repitió mi papá, sin poderse aguantar las lágrimas.

Así fue como dicen que murió la prometida de mi papá, que era de la familia Orozco. Dicen que se querían con ese amor tan inocente de los niños que se criaron juntos. Porque desde siempre habían convivido y jugado entre la hoja guardada en los tejabanos de mi abuela, habiendo compartido el mismo salón de clases en los cuatro grados que existían en el rancho.

Se comprometieron a los 16 años de edad y ambas familias estuvieron de acuerdo, lo que no impidió que el día de formalizar el compromiso mi abuela hablara, a manera de excusa adelantada, de que mi papá era un poco orejón, malmandado y flojoso, mientras que la mamá de aquella muchacha tan bonita

expresara, a manera de conjuro: -pues no crea que ésta es muy diferente- y salieron todos juntos y contentos.

Desde ese día todos los actos del novio y su familia se arreglaban en torno al matrimonio de los jóvenes, mi abuela le prevenía sobre la necesidad de cuidar el dinero, de ser más acucioso en aquello de procurar el sustento y, a final de cuentas, a asumirse ya como hombre con responsabilidad de familia, hasta que llegó aquella tarde en la que, de visita, advirtió en su novia una palidez que no le era familiar: -ha pasado vomitando desde ayer, y ya le han hecho todos los remedios conocidos, yo creo que va a ser necesidad de salir a Compostela para que la vea algún médico- le dijo el padre de la muchacha con gesto preocupado.

Y fue ese gesto el que lo acompañó hasta el día en que la enterraron, después de ir a Compostela y ver al médico y haber vuelto cargados de medicinas que para nada sirvieron, cuando se supo en el rancho que el consumo de leche sin hervir le había provocado a la prometida de mi papá la hepatitis que la condujo al final de su existencia...

Yo recuerdo a mis padres cuando estaba chiquito, y que no teníamos, como familia, nada que ver ni con las iglesias ni con los cementerios. Íbamos en la tarde al panteón del rancho, y ante una tumba de las más viejas los miraba llorar por horas enteras, hasta el día que mi mamá me confió, como en secreto: -ahí está enterrada la prometida de tu padre, que murió unos días antes de que se casaran, lo que debió de haber sido una verdadera desgracia-

Ya en Tepic, recuerdo haber visitado a los padres de aquella joven, y el trato tan bonito que nos dispensaron a todos, incluida mi mamá, mientras que la señora de la casa nos decía al despedirnos, que esa imagen le evocaba la posibilidad de que mi mamá fuera su hija, y que en realidad nosotros fuéramos sus nietos.

Yo, la verdad, eso escasamente lo comprendía, y a la fecha es esa imagen la que evoco irremediabilmente cuando alguien me hace la pregunta que trato de responder en este escrito. ¿Es eso el amor? No sé si lo sea, pero he de confesar que es eso lo que según yo, se acerca más al amor, aunque al decirlo nunca he podido evitar que a mi señora se le antoje siempre soltarme a quemarropa su desconsiderado y atronador -¡Estás pendejo!-

Al final de sus días, y después de vivir una vida de perros y gatos con mi papá, estaba mi mamá viendo hacia la ventana con mucha tristeza, ya en la etapa terminal de su enfermedad. Al preguntarle por qué estaba tan triste me dijo solamente que le pesaba morir sin recordar siquiera un momento de felicidad en su vida.

No sé si fue reclamo de mi parte, o si fue una manera torpe de hacerle ver su equivocación.

-No, mamá, no es posible que me diga eso una mujer que en esta vida tuvo diez hijos.

Ella cayó en cuenta de su error, y corrigió:

-Tienes razón. Ahora caigo en cuenta que tuve al menos, diez momentos de felicidad plena en esta vida...

Ella no lo supo. Yo pensé en la prometida de mi papá. ¿Hubiera valido la pena compartir la vida con él, y llegar, al final de sus días, a la misma conclusión a la que ella estaba llegando?

Otra pregunta se agregaba a la primera, y ésta sí que me negué, de plano, a responderla...



## Pa' lo que queda por ver...

Soy parte de una generación privilegiada. Escasamente puede haber alguien a quien le haya tocado ver los adelantos tan vertiginosos de los tiempos modernos.

Recuerdo la niñez que nos tocó vivir. Era un mundo simple, pero no por ello menos difícil. Apenas recuerdo cuando la diversión de nosotros era buscar entre la tierra suelta pedazos de alambre que los electricistas tiraban al construir la red eléctrica en mi rancho, mientras que en mi mente infantil me aterraba sentir que el taxi en que viajaba iba por dentro de una culebra negra y enorme, mientras se contorsionaba ante mis ojos la carretera hacia Vallarta, conocida simplemente como la carretera nueva o palimentada, según el amplio conocimiento popular.

Recuerdo también el impacto de los juegos olímpicos de 1968, los que llegaron a mi pueblo sólo a través del logotipo pentacircular y policromático que pintaron a los costados de los primeros autobuses con los que contó la Cooperativa de Compostela y que, parados al lado de la casa de don Rafael Aguirre sonaban como que si después de un ruido acentuado casi se apagaran: ranhh...ranhh...ranhh... que era característico de aquellos viejos motores Diesel. Después de eso, la locura fueron las corcholatas de la Coca-Cola que tenían el escudo de cada país participante en el mundial de fut-bol México 70, para pegar en un cartoncillo rojo brillante, nomás mientras que llegaban al pueblo aquellos cupones impresos al reverso de algunas bolsas de detergente y que lo artillaban a uno con soberana pepsicolota en el camión repartidor, lo que provocó que más de alguno de nosotros agarrara el arroyo corriente abajo buscando como pendejo entre las resacas de sus orillas, las codiciadas bolsas de Ariel y Rápido, que eran las marcas promocionadas.

En ese tiempo fue la revolución total. A nosotros nos bañaban cada ocho días con las tejititas de jabón *pinto* que metían en una talega, bolsita hecha de manta, la cual amarraban con una pequeña jareta.

Aquellos que por su edad ya andaban quedando bien con alguna muchacha compraban un Camay o un Palmolive, jabones de olor y, de paso, en un frasquito sobrante de brillantina Jockey Club, los famosos 20 centavos de quinado que a los años me ha costado aclarar que se trataba de un simple aceite perfumado, que se usaba para peinarse. De ahí resultó aquello de que si algún cabrón tenía las greñas medias rebeldes, se echara el total del contenido, por lo que apareció el dicho aquél de que: -¡Ahh, bárbaro, te echaste el veinte completo!-

Por otro lado, la gente tomaba café de sobre-¡Cuál leche ni que nada!- o un té hecho de hojas de limón, aunque ya existía el café soluble, el cual era,



simplemente, considerado pa' los ricos. Lo mismo sucedía con el papel higiénico, el que la gente compraba con el mayor pudor, envuelto en papel de estraza, para que los demás no vieran que se trataba de un prófugo de los olotes, de las piedras del arroyo o de cuanto carajo se adecuara a la solución de tales contingencias de la vida cotidiana...

Ya en Las Varas recuerdo el pueblo tan desastroso, sin agua potable y sin drenaje. Vender botes de agua acarreados de la noria era la principal fuente de ingresos de los jovencitos que iban a la secundaria por cooperación, en la que daban clases el maestro Acebo y la maestra Luz Bernal, de los cuales el pueblo conserva los mejores recuerdos.

Pero Las Varas era, según yo, uno de los peores pueblos de la costa, tanto por el calor que hacía, como por las condiciones de insalubridad en las que el pueblo vivía.

Por eso, todavía me asalta la desesperación que me daba en los meses de la canícula, la cantidad de niños que por una simple diarrea y vómito fueron a dar al panteón, a veces hasta uno diario, acompañados por el mariachillo del pueblo, y por los cuetes que aventaban desde la salida de la iglesia. –Ándele, Doña, que hay angelito. ¿Y óra el de quién es? -Pos que el de doña María- ¿El Aguate? ¡Pero si ayer vi que le llevaba una botella de Hemostyl, me dijo que ya estaba mejorcito el muchacho, yo hasta le di una gallina que para que le hiciera un caldito!...

Por eso me da gusto que el mundo haya cambiado. Por eso, aunque hay gente que reniega y dice que ha cambiado a peor, yo siempre digo que no es cierto: el mundo de hoy es, con mucho, mejor que el mundo aquél en que nos criamos.

Quizá, en todo caso, será porque el mundo en el que ellos crecieron fueron las cosas distintas, entonces sí, a lo mejor el de ahora es peor, pero en lo que a mí respecta, el mundo de hoy es mejor que el de antes, y sin duda (¡Perdónenme mi inusual optimismo, que resulta, aunque no lo crean, de un muy serio análisis interno que no me dejó dormir en toda la pinche noche!) el mundo en el que van a vivir nuestros nietos, será mejor que éste.

Por otro lado, a mí me fascina descubrir lo pendejo que somos. Y lo somos así, franca y cristalinamente pendejos; sin más, tautológicamente, dijera mi maestro de bachillerato, Santos Valdez.

De las virtudes del jabón de olor saltamos a las del shampoo, del cual pasamos a las del acondicionador, de este último, a las del anti frizz, etc; y la cosa es que saquen alguna nueva pendejada porque ahí vamos, en manada, a untarnos el menjurje en turno.

Y de las otras cuestiones a mí simplemente me encantan: ya pasado el choque cultural con el papel de baño brincamos a las discretas campañas para las toallas femeninas al finalizar los años setenta, y en la actualidad ya hasta lo mandan a uno por ellas: que ahí te las encargo, nocturnas, con alas y de manzanilla, y no me traigas de las moraditas, sino de las verdes. Y ahí va uno, ante la mirada escrutadora de la cajera, quien no pierde la oportunidad a veces, hasta de querer medírnoslas, para no errar ni en el tamaño...eso a mí me parece demencialmente encantador.

A mí me encanta este mundo, y sospecho que así ha sido siempre, generación tras generación.

Yo creo que todos en nuestros respectivos tiempos hemos llegado a la misma conclusión, y a ella llegamos por la forma misma en que la vida pasa ante nuestros ojos: siempre va a aparecer algo nuevo que desplace a lo anterior, por lo cual no es difícil llegar a la conclusión que les menciono.

Y este mundo es encantador aunque haya cosas llanamente incomprensibles. De cuando estaba niño al día de hoy he tenido que aceptar que estar gordo no puede ser sinónimo de salud y felicidad, y al contrario, la gente pasa hoy tratando de estar lo más delgado posible, al revés de cuando estábamos chiquillos.

Por otro lado, los enemigos del pueblo se han trocado en redentores, aquellos que a lo largo de su vida han encarnado lo peor, son ahora verdaderos paladines de la democracia, con sólo cambiar de bando o de partido.

La vida es sumamente sencilla. Blanquéese los dientes, invente una babosada pegajosa que no requiera más de tres neuronas para repetirse como verdad absoluta y hasta monumento le hacen, o de perdido lo proponen para que venga la NASA por usted, una vez que se desocupe del cargo público que lo catapultó a la fama, de lo cual se habrán encargado, sin duda, una mancha de barberos a sueldo y otra parvada de perversos al estilo de los reality shows que las televisoras nacionales han popularizado hasta el exceso...y pierda, si hace favor, la capacidad de admiración, y no de manera transitoria, sino para siempre...

Así es que ya todo me importa poco.

Si ya he visto todo lo que se puede ver en este mundo, ahora me siento nomás expuesto a la pura repetición.

Ya he visto todo lo que antes se creía imposible.

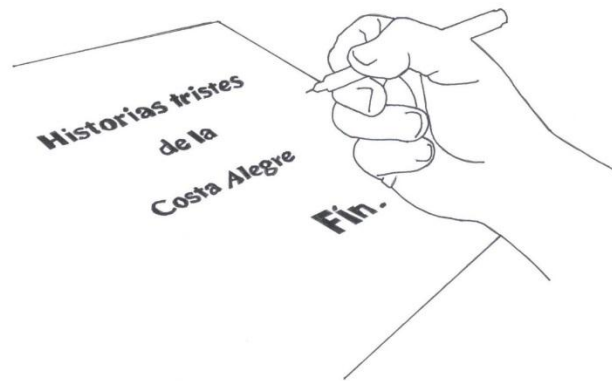
Desde el burro que amenazaba con llegar al planeta aquel en un avión, a las mujeres lacias sufrir porque no son chinas, y resolverlo. Las chinas, volverse lacias, las prietas güeras y las güeras, prietas.

Ya en el Distrito Federal casan a cualquier cabrón con el que se sienta capacitado para jugarle espadaos, y no ha faltado alguno que hasta embarazo alegue como causal del enlace mencionado.

Ya perdió el PRI, lo que nos dio la oportunidad de demostrarnos aquello de que no se puede contra lo que no se puede, y refrendar de manera más que suficientemente que el único tonto aquí es Juan Pueblo. Las mujeres, por su parte, cada vez más parecidas a los hombres, y batallando con la competencia constante y efectiva...de los hombres.

-¡Hazte para allá, maldita, te detesto!- Le dijo el novio a la muchacha, parando las sentaderillas retacadas en unos primorosos jeans, mientras que se volteaba, sin más, y le daba sendo beso al muchacho con el que se retiró, al final, tomado de la mano.

Por eso y por todo lo otro que les he expuesto ¿Será mucho lo que de este mundo, a mi edad, me falta por ver?...



## Contraportada

El ser humano vive, desde que nace, expuesto a una serie de situaciones que comprometen de manera más que dolorosa, la existencia de la persona o de la colectividad en la que se desenvuelve.

Por tal razón es la marginación, la ignorancia, la brutalidad, la enfermedad, el abandono y el hambre lo que más parece hacerse presente en las historias que componen la presente colección.

A excepto de la primera, todas ellas transcurrieron en un espacio común que es la Costa Sur del estado de Nayarit. De esa manera, los elementos anteriormente mencionados se entrelazan demencialmente con cuestiones que, pareciendo tener su origen en la mera casualidad, determinan, como en una encrucijada constante, la desgracia de los personajes que en cada una de ellas aparecen.

Por último, y aunque estas historias pudieran identificarse con cualquier lugar o tiempo, lo que a éstas vuelve singulares, es que sucedieron entre las gentes de la Costa Alegre, región en la que el autor nació y creció, y a quienes desea rendir, con el presente, un sentido homenaje y testimonio.